

ISSN-e: 2805-8836

Baúl de historias

Vol. 1 - No. 4 - 72 p. - Montería, Colombia - 2021

Nidia Serrano Montes (compiladora)

Baúl de historias

Vol. 1 - No. 4 - 72 p. - Montería, Colombia - 2021

Nidia Serrano Montes (compiladora)

© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

Baúl de historias

Año 1 - Vol. 1 - No. 4

ISSN-e: 2805-8836

Primera edición, 2021

Escuela de Ciencias Sociales y Humanas

Programa de Comunicación Social - Periodismo

Seccional Montería

Arzobispo de Medellín y Gran Canciller UPB: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Rector Seccional Montería: Pbro. Jorge Alonso Bedoya Vásquez

Vicerrector Académico Sede central: Álvaro Gómez Fernández

Vicerrector Académico Seccional Montería: Roger Góez

Decana de Escuela de Ciencias Sociales y Humanas: Ilse Villamil Benítez

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Gestora Editorial Seccional Montería: Flora del Pilar Fernández Ortega

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Geovany Snehider Serna Velásquez

Corrección de Estilo: Editorial UPB

Fotografía: Tomadas por los mismos autores de las crónicas

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2021

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1970-16-04-20

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Tabla de contenido

Prólogo.....	7
El enamorado de gaitas	9
<i>Adriana Herazo</i>	
“Mi gran sueño es brindar comida sabrosa”	14
<i>Andrea Barrera Medrano</i>	
Elijo ser feliz	17
<i>Carlos Antonio Alviz Sierra</i>	
Una vida en honor a la cultura	21
<i>Daniela Díaz Guzmán</i>	
El arte de esculpir letras	25
<i>Elizabeth Sermeño López</i>	
Un concierto en la tierra de los areneros	29
<i>Gisell Pérez Villa</i>	
Tradiciones que endulzan el alma	33
<i>Hanna Patricia Ruis Ubarne</i>	
Nunila Zumaqué Gómez, la música hecha mujer.....	38
<i>Katiuzka Rumié</i>	
Luchador de tradiciones.....	41
<i>Luz Theveningh Mestra</i>	
Un amante de las historias ancestrales	45
<i>María Angélica Barbosa Tordecilla</i>	
Una curiosa mente brillante	49
<i>María José Kelsy G.</i>	
Buen hombre por vocación	52
<i>María José Zuluaga</i>	
La reina vallenata de los cordobeses	57
<i>María Lucía Martínez Argel</i>	

Escribir, enseñar y vivir.....	60
<i>Matzue Carolina Zubiría Niebles</i>	
Escribiendo su propio arte, viviendo su propia vida	67
<i>Valeria Bohórquez Espinosa</i>	

Prólogo

La magia de la pluma brota cuando la mente se dispone para ello. Escribir crónicas es un arte, es una forma de escrudñar los sentimientos más profundos del ser humano y es el mejor reconocimiento a los que abren su alma.

No es nada fácil describir los sentimientos y cada uno de los episodios que tienen que vivir los personajes que forman parte de Baúl de historias, un proyecto de aula que hace una apuesta por rescatar este género.

La descripción, el detalle, los rasgos y la esencia de un ser, solo pueden ser captados cuando el alma se dispone para ello. Ese es justamente el objetivo de esta compilación de crónicas que hacen los estudiantes de Periodismo de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Para muchos este será su primer libro, pero para otros será solo el primero de muchos que publicarán a lo largo de su vida. Sin embargo, este marcará una huella especial porque fue hecho con el corazón y con la firme convicción de que la crónica es un género periodístico excelente para mostrar la sensibilidad y la creatividad.

Baúl de historias es un libro que se consolida como una oportunidad para recuperar la esencia del periodismo y para ir más allá de la simpleza de la noticia.

El enamorado de gaitas

Por Adriana Herazo



“Por algo bueno será”, decía la abuela de Juancho Nieves cada vez que podía recordarle a su nieto consentido, porque cada situación amarga de la vida es un camino hacia algo mejor. Y esa frase resultó ser una realidad en la vida de Juan Carlos Nieves Oviedo, un hombre al que el humor lo inunda en su corazón y, tanto, que lo expresa en su rostro. Él se define como una persona jocosa, alegre, que cree que cualquier problema necesita de humor, de alegría, porque los hombres que tienen la capacidad de reírse de sus problemas son inteligentes, saben que la vida es un paseo lleno de matices y un paisaje con colores oscuros y claros.

El señor Nieves, músico apasionado, próximo a cumplir 61 años, es felizmente soltero, eso dice con una gran sonrisa en el rostro. Después de separarse cuatro veces y tener cuatro hijos con cuatro mujeres diferentes, sus expresiones dicen estar satisfecho con la vida que ha vivido y que hoy disfruta; es un hombre desinhibido y consciente de que su vida es una mamadera de gallo, en el buen sentido de la expresión.

Él es un arreglista musical, crea las partituras de los instrumentos para componer la melodía propuesta por el compositor, es decir, es un maquillador profesional de la canción, así comparó su trabajo. Un trabajo de detalle, de uso completo y preciso del oído. Lo que es hoy es resultado de su pasión por la música desde los 14 años. Ha tocado percusión, le encantaba, pero específicamente la percusión con baquetas. A muy temprana edad le llamó la atención el bajo, influenciado por sus hermanos Jorge y Pedro, quienes son mayores, pero como una necesidad de niño por seguir el ejemplo de sus hermanos. Después, sí aprendió de verdad cuando era más grande.

Y la lista de instrumentos es larga, dentro de ellos están: la kena, la zampoña, el rondador, el charango, instrumentos musicales de la música folclórica andina que aprendió a tocar en Popayán. Se interesó también por la música electrónica, en su tiempo era su foco. A Juancho Nieves simplemente le gusta la buena música, por eso trata de escuchar todos los géneros que pueda, pero dentro de sus favoritos están la música clásica; el jazz, de buen estilo; el folclor colombiano, (la cumbia, los porros, los fandangos), gusto muy influenciado por su abuela desde muy pequeño, pues era quien lo cuidaba y, así, por costumbre y convicción la música autóctona se convirtió en su pilar.

Para contrastar sus intereses está la tauromaquia puesto que su sueño frustrado es haber sido torero, tema que escudriñó por algún tiempo. Además, hizo teatro en su colegio y aprendió sobre caricatura. Todos estos temas tan relacionados con el arte, que no se alejan mucho de lo que terminó estudiando, Guitarra Clásica en la Universidad del Cauca en Ibagué, demuestran que el arte estuvo tocando a la puerta, desde siempre.

Esos talentos, más que todo su habilidad con el bajo, los supo compartir en el colegio y en la universidad. Mientras cursaba sus estudios superiores tocó en la orquesta de baile más importante de Popayán en ese entonces, se llamaban Los Fénix de Colombia, agrupación que sigue vigente en el mercado. Trabajar en esa agrupación le sirvió de sustento económico y, sin duda, una gran experiencia para su carrera como músico porque, además de que era trabajo, era amor por el arte y, aunque suena a cliché, así lo corrobora su testimonio.

A pesar de que su primer amor fue el bajo, y lo confirma cuando sostiene con vehemencia que: “el bajo es el cimiento donde se sostiene todo el andamiaje musical”. En el preciso momento y lugar la gaita le tocó el corazón a Juancho Nieves y, desde allí, empezó a ser el enamorado de gaitas, ese que le dio protagonismo a la tradición, a la raíz, a lo propio, a lo nuestro. Desde ahí, su carrera se desvió pero, qué desvió tan perfecto.

Un regreso a sus orígenes, a su raíz

En 2001, Juancho se fue a vivir a Sahagún junto a su madre, para acompañarla en el duelo que pasaba por la muerte de su esposo, (padre de él). Sus hermanos no tenían la posibilidad de hacer este acompañamiento, en consecuencia, el turno era para el señor Nieves. Sin pensarlo más de dos veces llegó a la tierra en la que debía estar en ese preciso instante y llegó para quedarse.

Mientras buscaba qué emprender o qué crear con la música, conoció a otro apasionado, Elder Álvarez, quien conocía la gaita pero sabía que podía ahondar más sobre ella. Este dúo dinámico empezó a reflexionar, a pensar y a estudiar la gaita desde una perspectiva más profunda para que no se quedara únicamente en saber cómo tocarla y crearon un amplio estudio sobre la afinación de las gaitas, trabajo que impactó en un seminario sobre música de gaitas que organizaban la Universidad de Cartagena, el Banco de la República y El Observatorio del Caribe. Esto fue posible gracias a que uno de los hermanos de Juancho Nieves, quien estudiaba en la Universidad de Cartagena, comentó que su hermano Juan Carlos Nieves estaba realizando un trabajo sobre gaitas, cosa que llamó la atención de la universidad y, solo con eso, empezaron a tejerse las raíces de lo que un día sería la Tribu Barají.

Gracias al éxito del trabajo, pensaron en las posibilidades que la gaita podría tener en el mercado musical. Entonces crearon un disco y tocaron con la gaita los porros tradicionales como El Pájaro, La Lorenza, El Ratón; fandangos como el Fandango Viejo, porro tapao como Mi Sahagún, canciones de la tierra. Afortunadamente el disco tuvo tanta acogida que hasta pedían el grupo para presentaciones, pero aún no lo tenían conformado.

Hace varios años, un Día de la madre, Manuel Medrano, periodista que residía en Sincelejo, los invitó a presentarse en el Teatro Municipal de Sincelejo, y fue tanta la insistencia del periodista que Juancho Nieves decidió organizar el grupo y presentarse. Ese día nació la Tribu Barají y no olvida que el telonero de la Tribu Barají, es decir, el artista que abre un show en tarima, fue Manuel Medrano López, cantante ganador de dos premios Grammy Latino, experiencia que lo hace sentir honrado.

¿Pero cuál es la diferencia de la Tribu Barají respecto a otros grupos similares? Ellos crearon los sonidos de una banda con un solo instrumento, la gaita. Juancho Nieves lo explica de esta forma: “nosotros intentamos reproducir la polifonía de una banda con las gaitas. Las gaitas pequeñas de aproximadamente 28 a 30 centímetros hacen las voces de los clarinetes, las gaitas de 54 a 56 centímetros hacen las voces de las trompetas y unas gaitas un poco más grandes de 75 a 80 centímetros hacen las voces de los remolinos y bombardinos. Reproducimos los sonidos de una banda, pero con gaitas”.

La Tribu Barají tiene 10 integrantes y su nombre nace de una leyenda del siglo XX que se cuenta en Sahagún, pero quisieron darle más trascendencia a esa historia, es decir, un sentido más cercano. La leyenda dice que:

Es tan original el formato que manejan que cuando van a festivales de gaita no compiten, pues no hay par, no encajan en ninguna categoría de competencia, ellos muestran su autenticidad, algo que llama la atención de la gente, que crea recordación. Pues lo más importante no es el premio sino el impacto que se pueda producir en la juventud.

Uno de las producciones discográficas que hicieron hace algunos años fue Gaviota enamorada, esta composición se dio gracias a la colaboración de su hermano en un taller que hicieron juntos. De allí nacieron las canciones: Marea, Como gaviota enamorada y Un sueño también.

Este grupo ha tenido la oportunidad de visitar varias ciudades del país, con el propósito de asistir y participar en festivales y mostrar el formato que trabajan, que ha sido el resultado de un conocimiento del instrumento, pues ajustaron la gaita con lógica, midieron los

orificios para sacar el sonido esperado, todo con un objetivo preciso en su construcción.

Además, se ha convertido en un grupo de investigación en auditorios, con conciertos didácticos en los que explican cómo es la música de gaita y el proceso que se ha hecho en el mejoramiento de la fabricación de este bello instrumento.

Y ahora...

Actualmente no solo trabaja con la Tribu, también lidera una que se compone de seis músicos con los que acompañan bailes.

Su siguiente paso es retomar el estudio de grabación, en el que una vez se hicieron varias grabaciones de la Tribu Barají, un espacio propio, sin presiones de otros dueños y que haya la accesibilidad para crear a la hora que sea, un lugar que no dependa de nadie, ese es el plan de Juancho Nieves quien, junto a Elder Álvarez, quiere organizarlo, pues ya tienen los equipos, pero falta saber qué espacio.

Una vez listo el estudio, el siguiente paso será grabar otro disco de la Tribu Barají, con varios invitados de la región que, como lo dijo él, le recuerde a jóvenes y viejos la importancia de amar lo propio, saber que la música tradicional es música viva, que la música nuestra también es digna de ser compartida tradicionalmente, ese es el mensaje: amar lo propio, lo autóctono. ◦

“Mi gran sueño es brindar comida sabrosa”

Por Andrea Barrera Medrano



Mercedes: a este nombre se le atribuye el significado de “la que da libertad”.

Curiosamente, a esto se ha dedicado María Mercedes Barrera Rangel, de ojos saltones y sonrisa entusiasta, quien a sus treinta años da libertad y rienda suelta a su creatividad, a la fusión, a todo aquello que le ata a esa niñez entre fogones humeantes, que hoy la hacen una cocinera apasionada. En sus platos refleja cultura, tradición cordobesa. Refleja el amor de madres, las que, como ella describe, no son muy hábiles en el tema de ‘relaciones públicas’, pero que siempre tienen un plato de comida típica para recibir a la visita. Las que, incluso, antes de preguntar cómo estás, preguntan si ya comiste o qué vas a comer.

Esa fue su influencia, su madre, sus abuelas, sus tías, aquellas que no siguen los protocolos que una academia impone sobre cómo hacer comida.

Esta música de profesión, de tez morena y estatura media, relata que tuvo la bendición de contar con dos talentos, que son la música y la sazón para cocinar. En cierto punto de su vida, tuvo que escoger entre estos dos, y la cocina ganó en la balanza. Aunque confiesa que la música no está para nada desprendida de su alma cocinera, pues, es aquella sensibilidad artística la que le ayuda a estar en constante contacto con el arte y con la creación. “He puesto todo el proceso creativo de la música al servicio de la cocina”.

Para María Mercedes todo se explica de forma sencilla: “La música me dio la seguridad de inventar, de ser atrevida... Después que un músico se sube a una tarima y se echa al bolsillo al público, lo demás le resulta fácil. Luego de eso, serán muy pocas las cosas que te darán temor”.

Merce, como le suelen decir con cariño sus allegados, detalla cómo en sus creaciones existen esos ingredientes que crecen de manera fortuita en el ‘patio de la casa’. Con gran orgullo y empoderamiento, defiende los sabores castizos, las hortalizas y verduras nativas. Su propuesta va más allá de lo convencional, pero está aferrada, con la misma fuerza, a ese sabor aborigen que ha acompañado por décadas a los cordobeses.

Esta cocinera, que no reniega de este título, ni mucho menos exige ser llamada chef, no resta mérito a todo lo que ha aprendido de forma profesional, de hecho, es ahí donde ha logrado explorar diversas teorías que hoy pone en práctica. Sin embargo, no es en ese lugar en el que ella encuentra la cumbre de sus conocimientos. Realmente, se deja llevar embelesada cuando observa, de forma curiosa, a mujeres que preparan sus platos por medio de historia. Aprende y disfruta ver a una cocinera con erudición empírica improvisar la comida en un hornillo de leña, de manera auténtica y natural.

Y es que ha sido justamente eso lo que ha posicionado a María Mercedes Barrera como una de los 50 nuevos cocineros de la cocina colombiana, en un concurso realizado por la Agencia de cooperación

holandesa, que contó con la colaboración del Ministerio de Cultura y Ministerio de Relaciones Exteriores. Este logro lo pudo alcanzar con mucho esfuerzo, dedicación y, por supuesto, creatividad. Entre 250 participantes, la cordobesa obtuvo un lugar en la lista de premiados. Su receta fue publicada, junto con las del resto de ganadores en un libro titulado *Así sabe mi tierra*. Con esta receta, Mercedes quiso, como ella misma lo dice, mantener el lugar que el ave, popularmente llamada cocá, ha tenido en nuestros banquetes para conservar sabores a coco, a Río Sinú, a abuelas y a historias alrededor de la mesa. Quizá fue esa originalidad la que hizo que fuese la única ganadora costeña. Considera, de forma humilde, que esto no llegó para catapultarla como la mejor cocinera, por el contrario, cree que esto es una motivación para seguir por el camino en el que se encuentra.

Ella es fiel a lo que le ha apostado desde que comenzó su aventura en el mundo del arte culinario en tanto ha cambiado purés de papas por purés de ñame sazonadas con suero. Además, adapta recetas tradicionales como el mote de queso y pone en la mesa pescados tan sencillos como el bagre que, gradualmente se va convirtiendo en un verdadero manjar al mejor estilo de la gastronomía vanguardista.

Mercedes tiene claros sus objetivos, al igual que tiene claros los valores que debe mantener en la cocina: criterio. “Si un cocinero no tiene criterio, ni confía en sí mismo nunca será jefe de cocina”. Liderazgo. “El liderazgo lo consigues por medio de la seguridad del criterio”. Sensibilidad. “Tener los sentidos completamente abiertos para llevar no un plato de comida, sino una joya”.

Los sueños de esta cocinera, aunque parecieran difíciles de alcanzar, en su voz calmada, pero bastante acentuada, suenan tan sencillos como su forma de ver el arte culinario. Su deseo de publicar un libro con recetas propias, que tengan su sello personal y que sea tomado como referencia, es directamente proporcional al amor que pone en cada uno de sus platos. Las ganas de ser dueña de un restaurante, que esté en constante aprendizaje y en la búsqueda de resaltar todo aquello que identifica al Caribe colombiano, son tan grandes como su ímpetu por enaltecer el nombre de Córdoba. ◦

Elijo ser feliz

Por Carlos Antonio Alviz Sierra



Era dos de octubre, corría el año 1976, fecha en la que Montería recibió a una de sus hijas más destacadas. Hablar de ella es hablar de perseverancia, de metas e importantes logros.

Su encantadora risa, voz fuerte y segura, connotan alegría, sabor y grandes deseos. Ella, simplemente con una mirada, expresa emociones, deslumbra a su paso con solo mover su cabello rubio, rizado, algo loco. Las ganas de vivir se sienten en cada palabra que expresa, en cada carcajada que lanza sin permiso alguno.

La música, la danza, el teatro y cuanta expresión de cultura haya, la hacen sentir viva y llena de sentimientos.

Monteriana de nacimiento, con corazón de aquí, de allá y de acullá. Esa es Salma Tafur, una mujer emprendedora, llena de virtudes y grandes talentos.

Desde muy pequeña sintió el llamado del arte, algo en ella decía que lo suyo era lo artístico. Creció junto a las aguas del Río Sinú, en las sabanas del departamento de Córdoba. Descalza en el patio de su casa, corría y trepaba árboles para alcanzar mango, pera o cuanto fruto encontrara a su paso. Siempre proactiva e inquieta.

A los 16 años descubrió realmente su pasión: las cámaras la transportaban a mundos maravillosos, soñaba con entrevistas y grandes escenarios. Su padre, Reinaldo Tafur, poco estuvo de acuerdo con aquella decisión, por lo que Salma inició estudios de Veterinaria en la Universidad de Córdoba.

Una vez finalizados, eligió ser feliz y dio paso a su carrera como actriz, a la edad de 21 años, era el año 1997. Luego viajó a España. Barcelona se convirtió en su segunda casa, allí adelantó estudios de teatro en el Laboratorio escuela de expresión corporal dramática, en el que su alma fue libre y ratificó su deseo de ser actriz. Ahí aprendió a ser la mujer que hoy en día es: luchadora y empoderada.

A su regreso a Colombia trabajó en teatro, cine y televisión. Tiempo después, se ganó el reconocimiento a mejor actriz en el Festival Nacional de Teatro, realizado en la ciudad de Cali. Desde entonces no ha parado de cosechar éxitos.

Todo en la vida de Salma Tafur no ha sido color de rosa. El fallecimiento de su padre marcó un duro momento en su camino, pero, a pesar de estas adversidades, entendió el llamado a ser feliz y a ver la muerte como una medida para disfrutar las cosas simples. Reconoce que lo que más ama es ver los atardeceres, en especial en Montería, su tierra.

Un ser espiritual

Ella es un ser espiritual que evoca buenas energías. Su aura emite vibras tan positivas que logra recargar de entusiasmo a cualquiera que se le acerca o le escucha, por algo su nombre, herencia de su bisabuela, posee un significado coherente con su ser: Salma significa paz.

Ha participado en películas como *Mi primera vez* y *A puerta cerrada*, del director Agamenón Quintero, quien, además, es su compañero sentimental y de profesión.

En la actualidad, está enfocada en varios proyectos de índole personal y profesional, entre ellos, el rodaje de la película *Ángela*, en la que participa y también se desempeña como productora.

Salma es, desde el 2010, la gerente del Festival Internacional de Cine de Córdoba, un evento que busca mostrar los talentos y las creaciones de los amantes del séptimo arte y que se realiza en los distintos municipios del departamento.

Ella ha creado un vínculo directo entre la interpretación y los estudios para la paz, en Colombia y Europa. Ha estudiado Resolución de conflictos en la Universidad Javeriana de Colombia y Cultura de paz en la Universidad Autónoma de Barcelona, UAB y se ha especializado en Migraciones contemporáneas e interculturalidad (UAB).

Es indiscutible la capacidad y el talento que tiene Salma Tafur. Es una mujer que enfrentó cara a cara los estereotipos de belleza y se ha ganado un lugar en la sociedad gracias a su talento. No tolera las injusticias, es temerosa de la fama y de no ser fiel a sí misma, contradictoriamente este último es algo que también contempla como una fortaleza. Se considera una mujer caribe, activista, preocupada por el género y por los derechos humanos.

Entre sus proyectos está la creación de una fundación artística y cultural, con la que pretende contribuir a que niños, jóvenes y adultos vivan la magia del arte.

Quienes la conocen destacan ella su valentía y su tesón para hacer las cosas, la gallardía para decir lo que piensa y su amor infinito por la música y, en especial, por los sonidos de un tambor, su instrumento favorito.

Como buena cordobesa el porro es su ritmo preferido, en el que desahoga sus angustias y exterioriza su alegría. Es una viajera empedernida

y enamorada de la naturaleza y amante de lo autóctono. Con solo verla es posible reconocer su fascinación por lo propio, que se denota en las prendas que usa. A donde quiera que va lleva su mochila arahuaca, al igual que las pulseras y aretes tejidos en caña flecha, el mismo material con el que es elaborado el sombrero vultiao, Símbolo cultural de la Nación.

Su risa estridente es sinónimo de alegría, su piel es trigüeña como el Río Sinú, peina su cabello con sus manos y lo hace cómplice de sus encantos. Reflexiva, analítica, observadora, creativa y descomplicada. Ella es simplemente Salma Tafur. ◦

Una vida en honor a la cultura

Por Daniela Díaz Guzmán



El poeta de Callejas, un hombre con montañas en su piel, conocidas por muchos como venas, con desniveles en su cuerpo, a los que todos le llaman arrugas, con melena gris, porque su cabello no es tan joven para ser negro, ni tan viejo para ser de algodón, nació el 27 de septiembre de 1950.

De orejas puntiagudas, bigote recto como su carácter, de piel canela y nariz triangular, de boca pequeña y alargada, pero con una gran charla por emprender, denotan un hombre dicharachero y alegre a quien no le cansa la palabra.

Normalmente lleva puesto sus lentes negros, abarcas “tres puntá”, camisa abotonada hasta el final y un pantalón clásico.

En su infancia se caracterizó por ser un niño inquieto en todo lo que tiene que ver con la cultura y el arte cordobés. Su padre era un hombre rígido y, por tal razón, prefería que trabajara y ayudara en casa. “Eso de aprender era cosa de ricos”, pensaba su progenitor.

Esa explicación no convenció a Pedro Nel Rodríguez. Cuando sus padres lo mandaban a hacer algún trabajo en su casa, lo convertía en la oportunidad perfecta para ir a asomarse por los calados para escuchar las clases. Hacía tareas como si fuera un estudiante más.

Fue así como aprendió a leer a medias, escribir y a amar el arte y la cultura. También se convirtió en un gran admirador de las personas que investigan e innovan.

Nació en Guasimal, corregimiento de Montería, pero a sus 18 años se mudó junto con su familia a Callejas, corregimiento de Tierralta. Para la época, los hacendados estaban comprando las tierras del lugar y las personas humildes, como ellos, no tenían dónde trabajar. Se fueron a buscar un mejor futuro a Callejas.

Debido al carácter militar de su padre, a los 20 años decidió abandonar su hogar. No había festival al que no asistiera, pero aún no había descubierto que en su sangre llevaba la vena artística, pues había nacido en tierra colombiana, tierra de talentos, de músicos, de escultores, de pintores y era bastante probable que naciera con esa inquietud por el arte.

Décimas de amor

Conoció a su esposa un día en el que ella pasaba por la siembra de arroz en la que trabajaba y, con su sonrisa juvenil, escuchó por primera vez en su vida una décima. Las palabras que rimaban, con una métrica especial, habían sido inspiradas por la belleza que deslumbró a los ojos de Pedro Nel.

Tiempo después se fueron a vivir juntos y tuvieron seis hijos, tres mujeres y tres hombres, de los cuales la menor recibió el nombre de Onomá, que significa diosa de la maternidad y de la abundancia.

El poeta de Callejas es un fiel creyente de Dios. Al observar la naturaleza, la forma en que los pajaritos se reproducen, el instinto de defensa de los animales, cómo se esconde el sol cada noche y el trinar de las aves en la madrugada, lo hacen creer en la presencia de un ser superior, como único creador de todas las cosas.

Su fe lo ha llevado a ser un gran defensor de la naturaleza. No tolera el comportamiento contradictorio del hombre que se queja por la falta de oxígeno, pero al mismo tiempo destruye las obras que Dios ha mantenido con su gran poder.

Es un hombre que le teme a la muerte porque no se quiere “ir”, sin dejar una semilla, una obra terminada, como un libro de cultura, dichos, refranes y proverbios.

A lo largo de su trayectoria cultural ha sufrido desilusiones por causa de las personas que han prometido ayudarlo en el largo camino de cristalizar su sueño como autor de su propio libro, pero nunca le han cumplido y le han negado la posibilidad de publicar décimas que aún se mantienen inéditas.

*“Tú eres alta y delgadita, como la planta de la caña
y tu mirada es más bonita que una luz en la montaña,
yo quisiera en tus ojitos en instantes retratarme,
para nunca separarme de esos puntos tan bonitos,
que parecen luceritos en la bóveda infinita,
eres tierna, eres bonita, colmada de ternura,
yo contemplo tu figura que eres alta y delgadita”.*

Este poeta es reconocido por ser un decimero repentista, modalidad proveniente de España que está basada en la improvisación, es decir, todo se improvisa, menos la estructura.

Las paredes de su casa están llenas de reconocimientos. Su mujer, con mucho cuidado, los pega sobre cartulinas y con ellos decora su humilde hogar. Ha recibido siete homenajes en vida, pero uno de los más representativos fue el Grado Bachiller Honoris Causa en el 2005 y un

26 de abril, se le otorgó el Grado Orden a la Verraquera, por el gremio de la antioqueñidad, entre otra cantidad innumerable de homenajes y premios por su valiosa labor.

Ha participado en cuatro festivales internacionales, dos en Cuentiarte de Cartagena, y dos más en Bucaramanga, Santander, llamado Abra-palabra, uno de los más representativos para él.

A todos los asistentes, provenientes de los cinco continentes, Asia, Oceanía, África, Europa y América, les decía que cuando lo quisieran saludar debían mirar a sus pies, porque entre más de mil personas, él era el único que tenía abarcas “tres puntá”.

Desde hace 17 años, exactamente el 25 de mayo de 2001, empezó un programa en la primera emisora comunitaria que llegó a Tierralta. Se trata de un espacio en el que divulga temas culturales, anécdotas de campesinos, mentiras que se decían unos a otros y chistes que hacen reír a las personas. No recibe ningún tipo de sueldo porque lo que en realidad le interesa es llevar toda su experiencia a la comunidad.

El resto de su tiempo lo dedica a trabajar en lo que le salga: artesanías, ayudar a “parar” una casa, enseñarle a los niños sobre la poesía y las décimas, hacer atarrayas y en muchas cosas que lo hacen la persona que es hoy en día. No le molesta que le digan “corroncho” porque eso significa que es una persona auténtica, una persona genuina y una persona de “verdá verdá”, que no se parece a otros.

Es feliz con lo que hace porque ser cuentero, decimero y poeta, es un don que Dios no le da a todo hombre. Las personas se quedan admiradas cuando habla sobre cultura porque todos creen que ignora lo que pasa en la actualidad.

Piensa que la generación de ahora debería rescatar lo valioso de cada costumbre y hacerlo ver al resto del mundo porque se trata de algo que identifica a las personas y que no se puede cambiar jamás. ◦

El arte de esculpir letras

Por Elizabeth Sermeño López



La modestia toma lugar en las palabras del hombre que tuvo como maestra a la vida. Las pronuncia al compás de la melodía, interpretada por las balanzas de la mecedora, agitada en un vaivén, por la fuerza que impregnan un par de piernas largas y vestidas de color beige.

El color moreno que pinta su piel, de pies a cabeza, queda al descubierto a través de las sandalias marrón y los antebrazos, que la camisa no alcanza a cubrir.

Las historias que el tiempo se encargó de construir y hacer un escritor de Eustorgio Segundo Díaz Sossa y que van siendo narradas sin ceñirse a orden cronológico alguno. La admiración que causa oír cómo aquel muchacho, adherido a la labor campesina y aislado de cualquier academia, marcó un punto diferenciador en él mismo. Autodidacta e inquieto, agregó un carácter sabio a su vida, de la que muchos en su comunidad aseguran sentirse maravillados.

Sin anhelo de fama, su existencia fue revelando la necesidad de abrirse un espacio en la sociedad que apenas comienza a entender que “la literatura es la perfección del lenguaje”. Con un trozo de papel, un madero con centro de carbón y ningún año escolar cursado, la hora de llenar páginas enteras llegaba a paso firme porque intentaba no sorprenderlo con las señales que durante el camino se iban forjando.

Veneración por el arte de escribir

Siendo un muchacho en la época en la que el amor se expresaba mediante las cartas que, a puño y letra del autor, reflejaban el más sincero sentimiento de enamoramiento. Eustorgio se quedaba en la lejana posibilidad de trazar al menos un garabato con grado de legibilidad, pero que su espíritu campesino se convertía en el motor que haría que su nombre evocara la idea de algo más allá que un simple agricultor.

No haber estudiado sentó las bases de su mayor ironía, de la más profunda veneración al arte de escribir. Su ser guardaba la frustración que producía el hecho de recurrir a alguien para interpretar lo que algún papel mostraba o para poder transmitir, mediante las composiciones literarias, los pensamientos que retumbaban en su cabeza todas las veces que la realidad parecía ser la página de un libro.

La sabia naturaleza tomó el lugar de la mejor instructora que pudo tener, de ella aprendió lo que sabe. Poco a poco, de rayas a dibujos y de dibujos a letras, Eustorgio pudo hacer realidad la necesidad de expresión que su alma clamaba. No hubo fundamentación teórica, ni escuela, tan solo estaba el deseo de superación y los años de vida que, hasta ese punto, habían sido suficientes para emprender la misión que se le había encargado desde antes de nacer.

El destino ya había escrito las acciones, talento y futuro de su heredero. La labor empezaba con los espacios que se abrían para que su personalidad adquiriera las destrezas de un líder, al tiempo que todos se maravillaban por la forma en la que el labrador del campo expresaba, lleno de convicción, cómo su visión traspasaba la frontera de los que se estancaban al llamar locura a las ganas de progresar.

Contrario a la mecedora, que sigue con su lento movimiento, de atrás hacia adelante, la historia se detiene mientras se acomoda los lentes que combinan con el bigote y el poco cabello que la edad ha dejado conservar y añaden madurez a este hombre que ahora afirma no recordar una fecha exacta en la que decidió convertirse en pintor y escultor de letras. Tan solo narra que la vocación hizo su llamado.

Ahora solo eran él y la vida contando la historia de San Antero, un pueblo lleno de vivencias y personas particulares, que la gente merece conocer y que le sirvieron de inspiración para el primer pinito nombrado *Añoranzas*.

La esencia de este hombre de setenta y un años y de gran estatura, queda al descubierto en el salón de atesoramiento de escritos. Su morada es un híbrido que juega con el sabor del campo y la experiencia leída y escrita. Amplia, fresca, colorida y llena de productos extraídos de la tierra por sus propias manos. Las paredes parecen gritar en altavoz que allí reside un campesino escritor, orgullo de San Antero.

Uno a uno hace mención de sus libros con aire de satisfacción, empezando por *Añoranzas*, pasando por *Vida en tolerancia* y terminando con *Nostalgia de un segundo*. Eustorgio apunta en su lista tres obras de su entera autoría.

Es poco pretencioso. Como escritor considera el verdadero éxito de sus obras cuando los lectores encuentran sentido en por lo menos un reglón. La interpretación que los amantes de la lectura puedan dar a una línea de las tantas que las páginas contienen, es símbolo del interés que causó su libro.

El filántropo sananterano ha robado espacios que lo han destacado. Ha sido invitado en repetidas ocasiones a charlas en instituciones educativas de San Antero y en la ciudad de Bogotá, en la que reluce su sabiduría sin ningún obstáculo, frente a la de los profesionales ilustres que con él comparten el recinto.

Con una sonrisa llena de dicha, recuerda cómo ganó el premio a Mejor Poesía, en un evento organizado en la capital del país. Su alegría se debe a que todavía piensa que en aquel momento sus escritos no tenían ninguna validez y menos en ese lugar donde el único que carecía de estudios era él.

Hoy carga la banda de gestor cultural de su municipio, acompañándolo su amor por la literatura, por su gente, por lo propio, sin olvidar el deseo de ayudar, de forma desinteresada, a todos los jóvenes que tienen la oportunidad de llevar el uniforme que los identifica como estudiantes.

El hijo de campesinos convirtió su vida en un manajo de paradojas. Sus años llevan consigo el peso de las herramientas propias del campo y la pluma, que es fiel testigo del talento que el destino añadió a su existencia, para convertirlo en lo que hoy es. ◦_____

Un concierto en la tierra de los areneros

Por Gisell Pérez Villa

Jhoel se movía con tal seguridad en la tarima que jamás imaginó que algún día el temor se hubiera apoderado de él. Delante del micrófono su mundo era diferente. Cada parte de su cuerpo sentía el efecto al bailar con libertad.

Sus pies descalzos danzaban al ritmo de la música que se fundía con el torrente de sus venas. Su pantalón corto era el máximo reconocimiento a esos hombres que extraen arena en el majestuoso Río Sinú, al despuntar el alba.

El Man Vacilao marcó un estilo irreverente. Cansado de utilizar los mismos zapatos en cada presentación, decidió decirles adiós y sentir en su piel la vibración de cada sonido, especialmente la de ese tambor alegre que en sus manos se convertía en un deleite.

Lleva cuatro años haciendo lo mismo, pero cada vez parece ser la primera. El bullerengue lo transporta al mundo mágico de la música y lo hace cada vez más especial.

A su lado estaba Manuel Medrano, el director del grupo. Tocaba la guitarra eléctrica y demostraba su amor por el rock, cantaba a todo pulmón una de sus canciones más conocidas, *La 'caló'*.

Con su cabello afro, gran altura y con una sonrisa en su rostro, denotaba la satisfacción de un sueño cumplido, ese mismo que imaginó el primer día que asistió como espectador al Festival Nacional del Porro en San Pelayo.

Desde ahí comenzó un camino de homenaje al Caribe a través del folclor alternativo. Nació Puerto Arena, agrupación musical en la que se siente la alegría, el sabor y la buena música que la ha posicionado como uno de los mejores grupos de la región.

La suave brisa del río también permitía escuchar el rumor de las baquetas que arrancaban ritmos de las entrañas de la batería. Su intérprete era Daniel Díaz. Movía las manos con tal agilidad que denotaban largas horas de práctica.

El sonido de la gaita también estaba presente. Luis David Rodríguez tenía un encanto especial que motivaba al baile. El toque tradicional quedaba entonces a cargo de la gaita que se sumaba al ritmo que ya el tambor había empezado a interpretar.

La Plaza Cultural del Sinú también recibía, en medio de la calidez monteriana, a Olmer Gómez, tocando el bajo concentrado en los encantos de su instrumento, y a Fernando, El Ferna Zúñiga que sacaba notas encantadas de su guitarra.

Enamorados de Puerto Arena

Los seis, cambiando su vida cotidiana en la Universidad de Córdoba, ahora permanecían enamorados de Puerto Arena. Mientras cantaban, la luna llena se convertía en testigo de una de las bandas alternativas que no se olvidaba de sus raíces y que, con su melodía, querían ayudar, cada vez más, a la difusión y conservación de los ritmos de nuestro departamento y región.

Pero estos ritmos no sonaban solos, iban acompañados de géneros alternativos que hacían llamar la atención de su público, pues una champeta se fusionaba con el funk, jazz, blues, rock, soul o pop.

Los aplausos reflejaban la fuerza de sus canciones. El sonar de las armonías más tradicionales, ha hecho que no sea necesario ponerles tanto parapeto a sus composiciones. Ellos llevan la identidad del ser Caribe, mezclada con miles de sensaciones que transportan a la mágica tierra de los areneros, llena de los mejores atardeceres, en los que se vive el eterno amor al Sinú.

Se han convertido en una familia y la sencillez, alegría y cultura, los ha unido mediante un estilo de vida “puerto arenístico”. Ellos viven en la tierra en la que el trabajo es sacar arena del río y los hombres comparten la misma apariencia: pantalones cortos, pies descalzos, cuerpos fornidos y piel bronceada por el sol.

Su amor y pasión por lo que hacen, los ha llenado de experiencias y anécdotas. Bajarse del escenario y escuchar comentarios positivos sobre ellos, los llena de agradecimiento y aumenta sus ganas de continuar llevando el folclor a todos los rincones del país.

Gracias a los tradicionales ritmos de una cumbia, porro, bullerengue o chandé, cualquier persona del mundo en minutos se deja conquistar y se entrega al baile, durante la interpretación de los seis jóvenes que representan el puerto de los areneros.

Juntos han logrado alcanzar muchas de sus metas. Los galardones obtenidos en varias ciudades son el mejor reconocimiento para continuar creciendo musical y personalmente, en la curiosidad de contemplar la diversidad y raíces que definen a los cordobeses.

Sin duda, la alegría de representar al Sinú y al Caribe, a través de la música, es saber que sus ritmos son y seguirán siendo para todo el que los escuche, la forma de recordar que son parte de la cultura arenera.

El colorido de sus atuendos refleja los sueños que encarnan en estos seis personajes, la identidad de un pueblo. Su futuro se sigue escribiendo día a día. No tienen nada definido, salvo las ganas de seguir cantándole a la mágica tierra de los areneros.

El acelerado latido de sus corazones es la señal de que ha llegado a su final aquella presentación bajo el mismo cielo que los vio nacer.

El sol empieza a despuntar. Los cuerpos cansados y aún sudorosos, siguen moviéndose al ritmo de las últimas notas. Bajan de la tarima lentamente y miran en el rostro del público la chispa de la felicidad que da escuchar las canciones que hablan del Sinú.

Puerto Arena se despide y allá en la distancia, una mujer observa cada uno de sus pasos y espera con ansias que se repita una noche llena de encantos y de música, esa que hace vibrar el alma y mover el cuerpo al compás de las corrientes que lleva el río. ◦

Tradiciones que endulzan el alma

Por Hanna Patricia Ruis Ubarne



Era una cálida tarde de aquel domingo de Resurrección, en el que una conversación entre una joven y una señora, de espíritu impetuoso con un gran toque de humor y alegría, se torna amena. Árboles meneándose al ritmo del viento y el vuelo de las palomas ahí presentes, junto con una “feria de toldillos” – así es llamado el festival por sus integrantes– rodean a la estatua de Simón Bolívar, que queda justo al frente de la Catedral San Jerónimo.

Yasmína Sotomayor Berrío, como es llamada y reconocida por todos los dulceros y artesanos en cada versión del festival Dulce Tradición, que se realiza año tras año en el parque Laureano Gómez (reconocido también por este nombre, gracias a otra estatua situada al lado de la catedral), es la más veterana en el arte de la elaboración de dulces. Este

año cumplió 20 años de participar de este festival, que cobra vida cada celebración de la Semana Santa.

La mujer de las seis décadas es segura de sí misma, carismática y echada para adelante. De piel trigueña, ojos pequeños y nariz achatada, en la que sostiene unos lentes blancos transparentes, que cubren una marca de una cirugía en su parte derecha de su cara.

Está monteriana, de colores alegres, ganó en el año 2017 al mejor dulce en el festival Dulce Tradición, gracias a la innovación del dulce del café, elaborado por las manos de su hijo Luis Arnold Rodríguez Sotomayor y por las suyas: “compramos leche y empezamos a hacerlo. Triunfó y a la gente le gustó mucho este dulce”. Su hijo es quien se queda en casa preparando los dulces, mientras ella se encuentra trabajando por fuera.

El arte de la elaboración de dulces típicos viene de generación en generación. En la cercanía del stand Dulces Típicos El Maná, nombrado así por su dueña, por causa de la transcendencia bíblica de su significado, se encontraba en una esquina el puesto de su hija, Niza Margarita Rodríguez Sotomayor, quien estaba vendiendo en ese momento junto a otra señora.

Su tía, la protagonista del dulce en Montería, según Yasmina Sotomayor, fue quien le enseñó a hacer dulces. De tal manera y con mucho amor, les heredó a sus hijos todas las recetas para que ellos continuaran con el legado familiar. A la edad de 40 años, ella empezó a preparar sus propios dulces y antes de eso era quien ayudaba a su tía en su elaboración: “yo a Bogotá empecé a ir fue con mi tía. Ella me llevaba a las ferias como trabajadora”. Luego, siguió yendo con su hijo a las ferias en la capital colombiana, una que es realizada en julio llamada Las Colonias y otra que es Expoartesanías, en el mes de diciembre.

En esos eventos la entrada era muy estricta, asegura doña Yasmina, no eran todos los que entraban a participar. Cada participante debía mandar una muestra de cada dulce en Semana Santa para la aprobación, por lo que no se podía llevar un dulce adicional que no estuviera en la lista de muestra que se enviaba con anticipación. Antes, la totalidad de los productos vendidos en estos festivales eran hechos completamente a

mano por los mismos dulceros, pero hoy en día eso ha cambiado puesto que algunos se surten de los mercados.

Gracias a que ella era conocida en estos festivales lograba que le vendieran el stand para presentarse, estos costaban entre 2 a 3 millones de pesos en tanto se trataba de ferias elegantes y les iba muy bien. Yasmina se lograba ganar hasta el doble de lo invertido.

Muchas veces en la vida no siempre es ganancia, así fue el caso de “doña Yasmina” –como es llamada de cariño por muchos– quien contó una anécdota en la que tuvo pérdida. Lo sucedido fue en la ciudad de Manizales, mientras se encontraba en una de las ferias realizadas en Bogotá. Ella mandó una carga para Manizales, ya que debía dirigirse hacia allá después, pero resulta que cuando estaba en el aeropuerto, con su tiquete comprado, la llama la entidad prestadora del servicio de mensajería a decirle que la mercancía había llegado a la ciudad de Barranquilla, a lo que ella respondió que necesitaba eso en Manizales. Además, la transportadora le dijo que algunos tanques estaban reventados.

Al final, le llegó toda la mercancía partida a Manizales y fue por tal motivo que no le fue bien, pero, como muy bien dice ella: “por eso no nos vamos a retirar y le tenemos que dar gracias a Dios por vender y también por no vender”.

Doña Yasmina lucía un hermoso turbante color azul rey aquel día, una camisa índigo complementada con un collar largo de perlititas de varios colores, al estilo de los collares artesanales elaborados por los emberá. Ella, una mujer fuerte y luchadora, ha sobrevivido a tres tumores, diagnosticados el día en que su nieta, quien dormía con ella, fue testigo de un ataque que tuvo. Cuando la llevaron al médico, la respuesta fue que llevaba conviviendo con dichos tumores durante 20 años. Lo que ella presentaba eran miomas, que no eran cancerosos, pero que, si se los dejaba crecer, quedaba en riesgo de muerte.

Al cabo de un tiempo, fue su hijo quien asistía solo a estos eventos, ya que debía cuidarse de la operación de los tumores. Esta cirugía le dejó la marca que encubre sus gafas, que podía ser operada, pero ella decidió que no. Su razón fue de peso, ella afirma que había sobrevivido

de milagro y no quería arriesgarse. Además, aseguró que quien la vaya a querer lo hará como es y agregó que no necesita de un hombre, ya que su marido es Jesucristo.

Ella aún padece de un tumor que no se le puede extirpar, pero declara firmemente que Jesucristo la sanó y que ya no tiene nada: “todo sucederá según la voluntad de Dios”.

Por dos años consecutivos le llegó una carta a la puerta de su casa de Alemania, invitándola a una feria, en la que indicaban la fecha y estaba muy bien redactada, pero Yasmína Sotomayor no pudo asistir a este gran evento por falta de recursos, puesto que ese viaje valdría 20 millones de pesos, como mínimo, por lo tanto se le hacía imposible cumplir con esta invitación. Ella afirma que tenía todas las ganas de ir y que sabía que iba a ganar mucho dinero porque ganaría en euros y no tuvo apoyo de nadie y, menos, un patrocinador, aunque tuviera el certificado de Cámara y Comercio.

El negocio de los dulces, a pesar de las dificultades en el camino, le ha sido muy rentable, con este ha sacado adelante a sus hijos. A la pregunta de cuál es su dulce favorito ella responde que todos y recalca que en Semana Santa de este año el dulce rey fue el mongo-mongo, el cual se prepara con plátano maduro y verde, papaya, ñame, azúcar, panela, clavito, pimienta de olor, entre algunos otros. En segundo lugar, ella dice que está el dulce de ñame, aunque ella en su stand vende por igual casi todos sus dulces..

“Cada día a mis dulces les pongo más la esencia, para que la gente que venga los encuentre bien sabrosos y elegantes, cada día ponerle mucho más amor al negocio”. Su vida, desde que comenzó a estar en el negocio de los dulces, ha sido de trabajo fuerte y que muchas veces no recibía buenos gestos de personas que se quejaban por el precio, a lo que ella respondía que todos los años se le aumentaba el precio a los ingredientes, pero que ella nunca les subía el precio a sus clientes.

Cada día empieza su jornada a las 5 de la mañana. Como de costumbre, hace su tintico y se lo bebe con un pancito, sentada en una silla, justo antes de salir, cuando es fecha del Festival Dulce Tradición.

Su secreto se encuentra en sonreírle a la vida porque se caracteriza por ser risueña y sostiene que ella pone a Dios en toda su vida, vida que va de milagro en milagro. ◦

Nunila Zumaqué Gómez, la música hecha mujer

Por Katiuzka Rumié

Los sonidos de la música están adheridos a su genética desde antes de nacer. El ritmo del tambor, de la percusión, del saxofón, entre otros instrumentos, corre por sus venas libres y desenfrenadas.

Oriunda de la tierra del sombrero vueltaio, del bocachico fresco, esa tierra en la que domina el porro y las mujeres mueven sus caderas al son de los instrumentos de viento, y en el que el Río Sinú corre como un niño con aguas tranquilas por un valle infinito.

Monteriana de pura cepa, digna representante de nuestro folclor colombiano, es la máxima expresión del arte, perseverancia y talento.

Un 22 de octubre de 1955, Montería, la ciudad de las Golondrinas, vio nacer a Nunila Zumaqué Gómez, en el seno de una familia musical; su fascinación por la música la manifestó desde muy temprana edad, su curiosidad por los ritmos tropicales fue una herencia que su padre, Francisco Zumaqué González, reconocido músico de la región, y creador del ritmo Macumba, le dejó a ella y a sus hermanos.

Nunila es una mujer trigueña, de baja estatura, con voz melodiosa, suave y delicada que denota paciencia y pasión cuando habla de su trabajo y de lo que significa para ella.

Realizó sus estudios en la Institución Educativa Cecilia de Lleras y sus valores artístico-musicales fueron reforzados por sus maestras de aquel entonces y aprendió con ahínco a interpretar temas como el bambuco y pasillo.

Recuerda con alegría cuando su padre le manifestaba no estar de acuerdo con que sus hijos se dedicaran a la música, aunque él, en su tiempo libre, le enseñó a tocar la guitarra.

Cuando tenía 16 años le propuso a su papá conformar una orquesta femenina, con jovencitas de la Institución Educativa Inem Lorenzo María Lleras y que, por sus propios medios, con la ayuda del maestro Tobías Garcés, docente del plantel, fue convocando, aunque su padre no estaba de acuerdo y siempre le decía que en Montería no había mujeres que se dedicaran a la música.

Tiempo después, y tras varios intentos de cumplir su meta, empezó a tocar serenatas con su hermana Edilma Zumaqué, también reconocida artista en el departamento de Córdoba, pero fue un proyecto que no duró mucho.

Nunila se casó con el docente Carlos Bravo Cordero, pero eso no le impidió perseguir sus sueños, luego llegaron sus tres hijas a quienes considera su más preciado tesoro. Con el nacimiento de estas niñas los proyectos y sus ansias de tener su propia orquesta se hicieron más grandes.

Hacia 1999, por fin, se le dio la oportunidad de crear la agrupación con el nombre de Orquesta Fascinación Caribe y, el éxito fue tal que los conciertos y presentaciones no se hicieron esperar y en 2000 ya gozaban de gran reconocimiento.

Nunila Zumaqué es una mujer luchadora, aguerrida y empoderada que ha sido perseverante y ha caminado detrás de sus objetivos, ha obtenido innumerables reconocimientos, entre ellos, varias nominaciones a los Premios Lo nuestro, que exalta lo mejor de la música latina. Igualmente, ha tenido repetidas participaciones en el emblemático Carnaval de Barranquilla y su trayectoria ha sido publicada en todos los medios como, por ejemplo, la revista Expectativa, el periódico El Heraldo, El Meridiano, homenajes en la Universidad de Córdoba por su trabajo y contribución al arte, entre otros. Logros de los que se siente orgullosa y que la hacen más humilde cada día.

Actualmente se desempeña como docente en la Universidad de Córdoba, es Licenciada en música y lenguas modernas, y realiza un doctorado en la Universidad del Rosario, en Argentina, pero sin alejarse de la música porque trabaja fuertemente en la grabación de su tercera producción discográfica.

Nunila Zumaqué Gómez reconoce la importancia de la mujer en la sociedad, por eso se empeña día a día en hacer mejor su trabajo porque, sostiene, es amante de la cultura, de la tradición y de la conservación de los ritmos autóctonos. Ella es la música hecha mujer. ◦

Luchador de tradiciones

Por Luz Theveningh Mestra

Existe un lugar en Córdoba que se destaca por ser una tierra tranquila, por la vibrante brisa que roza la piel de sus habitantes, por el cantar y aletear de los pájaros, por el delicioso aroma a tierra mojada que sirve como analgésico, en la que los niños disfrutaban del aguacero, mientras se bañan y juegan a la guerra con bolitas de barro. Se trata de una tierra en la que el café está listo a las 4:30 de la mañana y el niño mayor sale en bicicleta a comprar la leche fresca, recién ordeñada.

Esta tierra está llena de costumbres y tradiciones. Allí la comida típica se hace en el fogón de leña, con el caldero negro, por tanta candela que ha llevado y se usa el palote que le da el toque para alcanzar ese sabor indescriptible, que solo se puede encontrar en el campo. Es la misma tierra del diabolín, la galleta de limón y la bola de queso amasado.

Todas estas riquezas culturales se han visto afectadas por lo que podría ser un arma de doble filo: la tecnología y los avances realizados por el mismo ser humano que, aunque han ayudado, también han llevado al olvido y han amenazado con echar a un lado la esencia del pueblo más pequeño de Córdoba. Sin embargo, no se han rendido sin dar pelea, cuenta con un amante y fiel viviente de su cultura, un hombre sencillo y, como se dice en la tierra sinuana “echado pa’ adelante”. Sus primeros años los vivió en Aguachica, Cesar, pero le corre por sus venas la sangre purisimera.

Este hombre de estatura baja, pero de gran corazón, cuyas canas y arrugas expresan su vasta experiencia de vida, en varias ocasiones estuvo al borde de la muerte. Esa cercanía con el más allá fue justamente lo que lo motivó a emprender acciones para dejar huellas en este pequeño terruño cordobés.

Oswaldo Pantoja López fue el creador de la radio en Purísima. La Pura fue el nombre que escogió para llegar a los hogares a través de las ondas hertzianas. También contribuyó en la creación del periódico del colegio Juan XXIII y de una revista.

Su nombre aparece en un libro titulado *Purísima mi tierra “semblanzas de Pantoja”*, escrito por su esposa, Blanca Nubia Acevedo Angarita. Allí se encuentra plasmada su vida y obra, mezcladas ágilmente con la historia y costumbres del municipio.

Ella comparte sus mismos ideales y pasiones, ambos son comunicadores sociales y defensores de la cultura.

Se conocieron cuando ella trabajaba en un granero de Cubará, Boyacá. Era una mujer hermosa y asediada por todos los hombres del pueblo. Ese fue su primer reto: la conquistó, pese a ser un perifoneador.

Él, con sus ojos brillosos que parecen dos mechones de los que alumbraban aquellas noches los rincones en los que la electricidad aún no llegaba, relata lo difícil que fue conquistar a su compañera de vida y batallas, pero agradece no haber desistido.

Ella ha sido su motor y apoyo en momentos de dificultad o en cualquier invento que se le ocurriese, por más ridículo o tonto que pareciera, siempre habría forma de alcanzarlo. Fue así que lo apoyó en el montaje de una emisora comunitaria, que contaba con un transmisor pequeño, que solo se oía a tres cuadras, una consola de madera, una grabadora para casete y una gran antena, construida con una vara de humo, que consiguió con ayuda de los vecinos.

La primera transmisión fue a las tres de la tarde. Por primera vez sonó una canción de Los Hermanos Zuleta, convirtiéndose en uno de los momentos más alegres e históricos para el pueblo y en la mejor excusa para que sus habitantes presumieran con orgullo ante los demás.

Este soñador empedernido se enfrentó una vez más a las barreras de la vida. Todos aquellos que en un inicio apoyaron la idea de la emisora, huyeron despavoridos al enterarse de las cuantiosas deudas que la misma

había generado. Se debían 17 millones al Ministerio de Comunicaciones y otros 7 a las entidades encargadas de los derechos de autor.

La colilla y los préstamos por ventanilla ya no daban para más. Para salvar la emisora les tocó hacer un cambio de administración y cederla a Rafael Gómez, uno de los empresarios de la radio en Córdoba. Hoy en día continúa en funcionamiento la emisora comunitaria por la que Purísima pudo alzar su voz.

El placer de enseñar

Este licenciado en Educación con énfasis en Español y Literatura, especializado en Pedagogía de la Recreación Ecológica, fue nombrado en 1994 como Maestro municipal en la institución El Socorro y con su primer sueldo, que era entonces de 600 mil pesos, empezó a pagar lo que debía por el sueño de hacer radio.

Atrás quedaron sus anhelos. Después de cinco años de estar en ese lugar, fue trasladado a la Institución Educativa El Aserradero, zona rural de San Antero, en la que vive su familia. Allí lleva 19 años de servicio y se ha convertido en el mejor amigo de sus estudiantes y en el mayor defensor de la herboterapia.

Cuenta que en su bolso siempre lleva medicina natural para aliviar sus dolores, busca la forma de que los estudiantes estén en disposición física y psicológica para aprender; les cuenta chistes al inicio de las clases para romper la tristeza que puedan llevar; visita sus casas para aconsejarlos cuando tienen problema y ha logrado que los padres formen parte del proceso educativo pedagógico.

Sin quererlo se ha convertido en el sanador de los males del cuerpo. Poco le importa que lo tilden de loco. Siempre seguirá llevando manzanilla, sábila, caléndula, albahaca, toronjil y todo aquello que sirva para curar enfermedades. Desde niños hasta ancianos saben que en él encontrarán esa mano amiga, ese apoyo incondicional en lo físico y emocional.

Su liderazgo produce tranquilidad entre los habitantes del pueblo. Calma sus angustias cuando hay motivos de preocupación que puedan

poner en vilo las expresiones culturales. Nada puede atajar su espíritu indomable, encaminado a la defensa de lo más sublime de la cultura.

El mueble, ubicado a las afueras de su hogar, es el espacio elegido para discutir y analizar los asuntos que ocupan a la comunidad. Allí se congregan para pedir su sabio consejo y de esa manera emprender luchas que busquen el beneficio común.

Oswaldo, con la ayuda de su esposa Blanca, han decidido cargar el nombre de Purísima en sus hombros, con el fin de que logre ser reconocido en el contexto nacional. Para ello, se idearon dramatizados que han logrado transmitir su cultura.

La Chúa, una tradición

Con actores naturales empezaron el montaje de La Chúa, una tradición purisimera que busca mantener la unión en las familias. Consiste en que algunos miembros del caserío, al enterarse que una pareja se separa, indagan los motivos, piden las versiones a ambos y los invitan a firmar un decreto, redactado por la misma comunidad y la pareja se compromete, bajo juramento público, a mejorar los conflictos que causaron la separación.

Esa misma noche los vecinos le tiran basura a la casa y hacen ruidos con el caparazón del caracol, conocido como La Chúa, los despiertan y los hacen recoger la basura como enseñanza o escarmiento. Todos le temen a esa amonestación pública y, por ello, las parejas lo piensan dos veces antes de separarse.

Los dramatizados han dado resultado. Ahora Purísima no es solo un municipio pequeño en el mapa, también se ubica en la mente y corazón de quienes presencian los actos. Juntos han conseguido abrir aquel baúl viejo y empolvado en el que el pueblo estuvo inmerso durante tantos años.

A este luchador de tradiciones aún le queda un largo y difícil camino por recorrer, pero se siente en total disposición para pelear y salir victorioso en nombre de su infinito amor: Purísima. ◦

Un amante de las historias ancestrales

Por María Angélica Barbosa Tordecilla



Esta es la historia de un hombre sencillo, igual que el verano y amplio como el encanto del mismo. Nacido a orillas del Río Sinú, en una tierra palenque e indígena, en el legendario pueblo de San Nicolás de Bari. Es José Carmelo Arteaga Correa, una persona entregada a la cultura y a la educación.

Hace 41 años fue tomado por las manos de la partera de la aldea, Toña Arroyo, quien lo trajo sano al mundo. Allí crece rodeado por las historias de los abuelos, en ese epicentro de la cultura que es uno de los pueblos más antiguos de Córdoba. En este contexto se formó el hombre que es hoy.

La tierra que le dio la vida está tan cargada de tradición, que se mezcla con su personalidad y sus cualidades, que van en sincronía con la

corriente del Río Sinú, reventándose en la famosa peña del pueblo. Es constante, apasionado y libre. En sus intensas pupilas, de color café oscuro, se logra ver cómo se aviva el fulgor de las leyendas y los saberes ancestrales, guardados de generación en generación. Desde niño se aferró tanto al amor por la tradición oral que mantiene tal inquietud hasta ya adulto con más fuerza que nunca.

José Carmelo es un caballero, respetuoso, cordial, promueve los valores y el saber. Es amoroso con los niños y un digno educador. Alto a la talla de sus sueños, es moreno en herencia de sus raíces y fornido como un árbol de campano. Sonriente en todo momento, es una persona cargada de paz y amor por lo propio. Le cuesta hablar de su vida, pues está tan enamorado de las cosas que hace, que olvida por completo hablar de él, pero es esa modestia la que lo hace un gran ser humano representativo del Sinú.

Fue criado por padres trabajadores, Vicente Arteaga Burgos, quien fue ganadero, funcionario público, y su madre, Carmen Correa, enfermera, quien dirigió a Toña para que lo trajera al mundo. Estudió en el colegio Lácides Ceferino Bersal Rosi, en Santa Cruz de Lórica, en el que labora actualmente como docente en Ética y Valores y terminó sus estudios de bachiller en la Normal Superior Santa Teresita, guiado por Fernando Díaz Díaz, primer doctor en Historia de la ciudad, a quien hoy se le rinde homenaje en el mural del Malecón del Sinú. Este se convierte en su mentor, quien siempre le decía que era el filósofo del grupo.

Siendo niño en el colegio, era intuitivo, sobrio, un tanto tímido en comparación con los demás, pero muy inteligente. El profesor Díaz se volvió para él una figura importante en el aprendizaje y el apego a su tierra natal. “Fue uno de mis motivadores. Un día hicimos un trueque, yo le enseñaba a manejar moto y él me enseñaba historia, filosofía y geografía”, expresó con su voz un tanto grave.

El ser humano que hoy tenemos en frente, cuando se escuchan sus palabras, es feliz. No parece agobiarle nada. En su adultez, vive alegre como un niño, es un gran amigo y en todo momento es fraternal al saludar a sus conocidos. Conoce de muchos temas que lo hacen un orador hábil. Tiene una familia sólida al lado de su esposa, Yeyris Buendía Gómez, y sus hijos, Natalia y José Camilo.

Visita constantemente a sus padres, tíos, hermanos y sobrinos, es un carismático personaje de buenos valores. José Carmelo es aquel que va en su moto por la mañana de domingo a comprar cerdo magro, para los chicharrones, queso amasado y mantequilla, es ese que viste de bermuda, camiseta tipo polo, abarcas y una gorra para el sol, que le da un toque descomplicado.

Pequeños arqueólogos

Desde sus primeros pasos logró vislumbrar su carácter de entrega con el conocimiento. Tras terminar el colegio se asesora con su mentor, a quien le confiesa que desea estudiar Psicología y este le sugiere la Universidad del Norte, en Barranquilla.

En esa misma universidad realizó su postgrado y, sumado a ello, conoció al doctor Carlos Angulo Valdés, uno de los arqueólogos pioneros de la costa Caribe, quien aportó su grano de arena a José Carmelo, para el conocimiento que posee hoy día.

“Él me cambió la perspectiva de la historia del Sinú y me devolví a mi tierra a compartir lo que aprendí”, reveló, un poco emocionado. Le enseñó y le mostró el tipo de piezas que se podían encontrar en su zona nativa, despertando en él las ganas de transmitir a los demás estos eslabones de la cultura que recientemente materializó en su proyecto insignia, nombrado Pequeños arqueólogos, que lidera con un grupo de siete niños, desde hace dos años.

Comenzó escribiendo memorias sobre la historia de San Nicolás de Bari, desde la ciencia y lo tradicional. En el aula de clases imparte ese ideal cultural a todos sus estudiantes, sin reparos. Su meta es que los jóvenes conozcan y valoren su identidad, con el propósito de que desplieguen sus capacidades, habilidades y que, por ende, se alejen de futuros no deseados.

Fue un convenio entre la Corporación Unificada Nacional y la Universidad de Córdoba, lo que permitió fortalecer sus capacidades emprendedoras e investigativas, para dar a conocer y valorar el potencial arqueológico, cultural y ambiental de San Nicolás de Bari, es decir, se trata de un ejercicio que invita a reconocer las piezas hechas en piedra y las

formas de vida de los indígenas zenúes del tiempo precolombino, sucesos que tienen gran relevancia para la cultura y la tradición de sus orígenes.

Luchando con esfuerzo para sacar adelante sus sueños, llegó a ser un maestro Onda de Colciencias, enfocado en la investigación y en la formación de estudiantes que promueven el amor por el patrimonio y fomentan la cultura ciudadana, desde la ciencia y múltiples áreas del saber.

En 2016, junto a su grupo Pequeños arqueólogos, participó en la Feria de Ciencia Tecnología e Innovación Génesis, en la categoría departamental, y en la Aventura Bio de Colciencias. Su meta es mantenerse y descubrir los misterios que viven en la historia de ese pequeño pueblo aislado y congelado en el tiempo.

Para el ‘profe’ José Carmelo cada día está más cerca el anhelo de escribir un libro y cumplir su mayor sueño y el de sus muchachos: construir un museo arqueológico, que muestre el tesoro que guarda San Nicolás de Bari.

Este hombre, audaz y con ánimos de mantener los principios de su mentor, espontáneamente y con orgullo, expresó: “San Nicolás de Bari es un baúl de historias ancestrales”. Aquella afirmación dejó ver aún más la huella de doctor Díaz y su sueño de educar, de crear cultura, de desempolvar y conservar las historias que viven en medio de aquellos caminitos, entre las estribaciones de los cerros de la cuchilla de Cispatá, que llevan directo a aquel terruño entrañable y mágico, a orillas del torrente y sinuoso río que lo besa al pasar. ◦

Una curiosa mente brillante

Por María José Kelsy G.

A la orilla del majestuoso Río Sinú, en un planchón de madera de color rojo y amarillo, muy limpio y organizado, con seis chalecos salvavidas para su mayor seguridad, navega una de las mentes más brillantes de la tierra del cacique Zenú.

Su risa es despampanante. Sus manos gruesas hacen un extraño contraste con unos dedos delgados y sus pestañas pequeñas adornan unos ojos café avellana.

Su tez morena, su abundante cabellera rizada y unos grandes y muy blancos dientes, hacían un contraste perfecto con el anaranjado atardecer que avisaba el fin de la jornada.

Lo que hace que el caballito en el agua se llene de gente, no es precisamente pasar de una margen del río a la otra. Es aquí, en las aguas del Sinú, en las que se ejercita uno de los hombres que más rápido resuelve cualquier problema matemático.

Todo empezó como una curiosidad o un juego mental. Esa ciencia se convirtió en su primer amor, luego de la literatura, cuando tan solo era un niño.

Su juego mental terminó envolviéndolo, día a día, en un conteo de uno y dos, de números, variables y raíces cuadradas que puede resolver con la velocidad de una calculadora científica e, incluso, con la precisión exacta en sus resultados.

Amar las matemáticas para un joven de su edad sería una tarea compleja, nada fácil, pero su curiosidad y deseo de aprender hicieron de cada duda, un reto superado.

Problemas a la velocidad de la luz

Carlos Andrés Hardines Tordecilla, conocido como El Petter o El Profesor, es capaz de realizar más de diez ejercicios de derivadas e integrales en menos de un minuto.

Sentado en un taburete viejo y desgastado, sosteniendo un pocillo de café, tan caliente que no se sabía si salía vapor o llamas del infierno, cuenta que desde niño podía hacer sumas grandes, sacar porcentajes y ejercitar su mente a tal punto de ocasionarle severos dolores de cabeza.

Para Luis Carlos y Josefa, sus padres, se trataba de un diamante en bruto, pero la vida lo dejó sin algunas respuestas y por ello no pudo estudiar.

Su solvencia la deriva de los poderes fragmentados en números que se suman, dividen, multiplican, cambian, pero siguen siendo los mismos. Se resta en las caídas, se suma con los logros y se multiplican los valores cuando se conserva su propia esencia.

Su primer y más curioso regalo fue el Álgebra de Baldor, esa que odian muchos en el colegio. Fue justamente ese libro de ejercicios el que le ayudó a comprender su habilidad por las matemáticas y a descubrir la clave para resolverlo todo.

Los primeros fueron sencillos, en otros tardaba días en resolverlos, pero hoy puede hacer un largo listado, en el tiempo mínimo que demora el planchón en atravesar de una orilla a otra.

Los números además de darle entendimiento, también le dieron un valor, un sentido a su ser, a su oficio y al mundo. Es un firme convencido de que el conocimiento se comparte y se transmite.

Las matemáticas son técnicas acompañadas de una pieza clave, fórmulas que aparecen en su primer amor, el libro de Baldor, pero el conocimiento empírico y casi toda la información guardada en su cerebro, como un robot que fabrican en la China, es lo que lo hace un ser singular.

Cuando está acompañado de operaciones tan complejas, como un acertijo, se siente en la mitad de un laberinto sin salida y con respuesta única. Lo suyo son las matemáticas, pues estas son ciencias exactas, que poco se equivocan.

Su sueño siempre fue convertirse en el mejor contador. Hoy, a sus 44 años de edad, no se rinde. Hasta él llegan muchas personas como abejas al panal, sedientas de miel.

Su empuje y su motivación son su familia. Vive agradecido con Dios por haberle dado esa increíble habilidad para las matemáticas y con Baldor por enamorarlo de las ciencias exactas.

El Sinú es su inspiración y el planchón su oficina. No hay retos con los números que no pueda resolver. Eso lo saben los estudiantes que lo buscan afanosos, para que por cinco o diez mil pesos, les resuelva lo que para ellos ha sido imposible.

Petter lo hace, mientras la brisa fresca levanta su rizada y espesa cabellera. No tiene una lista de precios detallados para su trabajo, pero de eso vive, de eso aprende cada día y eso lo hace convertirse en la mente más brillante del Sinú. ◦

Buen hombre por vocación

Por María José Zuluaga



En la mañana de un viernes 13 de abril, diferente a como lo estigmatiza la sociedad por causa de una película de terror, era un día feliz para un hombre de 45 años de edad, que llega a su oficina con una sonrisa impecable saludando a su pasar.

Aquel hombre de piel morena, cabello negro y gafas oscuras entra a su ordenada oficina, en la que, a primera vista, se ven fotografías de su familia y una cruz colgada en uno de los archivadores. Toma asiento y saca su celular, lo pone en el escritorio y con una sonrisa imborrable se dispone a contar un poco de su historia de vida.

Este carismático personaje es el médico Manuel González Fernández. Nacido el 6 de agosto de 1972. Es reconocido por valores como el respeto, la confianza, el servicio, la responsabilidad y la atención.

A sus padres los considera una gran influencia en las decisiones que ha tomado en su vida, su padre es ingeniero civil y gracias a esa parte de la ingeniería inculcada por él le ha permitido desarrollar los proyectos del servicio de salud, incluida la infraestructura y la tecnología. Fue su madre la que forjó, con el paso de los años, el gusto y la vocación hacia la medicina. Por otro lado, está su nueva familia que es conformada por su esposa Sandra y sus hijos María José, Manuel Felipe y Sara, quienes se han convertido en una nueva fuente de inspiración.

Recostándose en su espaldar, elevando sus ojos para ejercitar la memoria, y frotando sus largos dedos, recuerda su niñez y cuenta que le gustaba mucho la ingeniería, ya que los números, las obras y las construcciones eran de su agrado, pero cuando su madre lo veía haciendo esas cosas le preguntaba si en verdad eso era lo que él quería hacer con su vida y Manuel respondía que sí. Al instante, ella le decía que si no le gustaría ser médico y él respondió que también. Con sonrisas al recordar todos esos hechos, dice que fue así como, poco a poco, fue inclinándose hacia esa profesión y terminó decidiéndose por la medicina como su carrera para la vida, porque se dio cuenta de que tenía esa vocación por el servicio a los demás.

Manuel comenzó sus estudios de pregrado en la Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín, luego se especializó en Medicina Interna en la Universidad Javeriana de Bogotá en el Hospital San Ignacio, posteriormente se especializó también en hemato oncología con la misma universidad en el Instituto de cancerología y, más adelante, recuerda con brillos en sus ojos cafés, que hizo entrenamiento en trasplante de médula ósea en el hospital Clinic de Barcelona-España.

Recordando esa última experiencia en Barcelona, se le ilumina la cara y vuelven las expresiones de felicidad al manifestar que ir allá le abrió la visión sobre la vida y la importancia de la atención y el respeto por el paciente. “Las cosas en Europa son un poco diferentes, se vivencia el respeto total hacia las demás personas”, comenta.

Regulando sus gestos para ponerlos más serios, el doctor Manuel cuenta que en el estudio de la medicina se sufre por lo que hay que

trasmochar, estudiar mucho, hacer análisis y los profesores están encima, pero explica con una media sonrisa que también se goza en tanto son los mismos compañeros en casi toda la carrera y porque los estudiantes de medicina saben y son conscientes de que están ofreciendo una ayuda a alguien en un momento agudo.

En medio de sentimientos encontrados, el doctor Manuel González cuenta que en su vida como profesional se ha encontrado con todo tipo de casos, positivos, negativos y algunos que le produjeron más preguntas que respuestas.

Un caso de este último, fue cuando tuvo un paciente que era pastor y después de un tiempo salió en unos exámenes que le hicieron que la leucemia persistía, a pesar del tratamiento y Manuel, con cara de no creerlo, cuenta que en el momento en el que se dirigía a darle la noticia al pastor, este se paró y dijo que ya estaba curado, que no iba a requerir de más tratamientos porque así se lo había dicho Dios: “y así fue, efectivamente a los dos meses volvió y estaba curado”, afirma con emoción.

Por el contrario, con sus ojos tristes recuerda un paciente que padecía de leucemia, con el que llegó a tener una amistad y buscaba en todo momento darle fuerzas, porque sabía que lo que tenía él era una enfermedad que posee estadísticas de un 30 y 40 por ciento de pacientes que pueden fallecer. “Lo tuvieron que operar y recuerdo que me cogió la mano antes de entrar a cirugía y me dijo: tranquilo que saldré vivo, pero lastimosamente no fue así, este hecho me destrozó el alma, tanto que iba a renunciar de lo duro que me dio”, comenta Manuel con tristeza en su voz.

El doctor expresa que esas son experiencias e historias que se viven en la medicina, que de todo se ve. Así mismo, afirma que la biología no se puede agarrar, y eso hace a la ciencia médica un arte, que no es como la ingeniería que todo se puede medir, la vida humana no es así.

Alex Zuluaga Hincapié es uno de sus pacientes y comenta que el Doctor es un hombre franco y claro a la hora de hablar, pero sobre todo amable, irradia confianza y seguridad, así lo describe Zuluaga con una sonrisa en la cara. De igual manera, destaca que cuando visitó a otros doctores en Medellín en busca de más puntos de vista hacia su enfermedad, los médicos, cuando se daban cuenta que el doctor Manuel era quien

llevaba su caso, cerraban las carpetas de la historia médica, y les decían a él y a sus papás que se devolvieran para Montería porque estaban en una de las mejores manos de doctores oncológicos en Colombia.

A este atento hombre, como lo describen sus pacientes, su vocación por la medicina, lo puso a viajar todos los fines de semana a Montería porque vivía en Medellín. Al ver cómo todo fluía, pasó a tener, en compañía de sus colegas, un consultorio, todo fue creciendo y llegaron a pasar por dos casas más grandes para ampliar y tener más comodidad para los pacientes y, así, paulatinamente, fue creciendo hasta tener lo que es hoy en día la Clínica IMAT.

En posición a lo que una vez era el futuro, pero ahora el presente, Manuel dice que la idea de la creación de la Clínica IMAT fue para apoyar a las personas de Montería y la región a tener más acceso a los tratamientos que requieren, ya que muchas personas no poseen los recursos para desplazarse a otras ciudades y que todo lo que necesitan está ahí. González se siente feliz con la clínica por que la idea base era brindar más oportunidades de vida y así se está cumpliendo.

“Estoy alcanzando parte de mis sueños con todo lo que he forjado, lo único que nunca quiero que me pase es llegar al punto donde no pueda hacer nada”, así afirma este hombre carismático, con vocación de ayuda a los demás. Así mismo, dice que todavía tiene mucho por hacer y aprender, “apenas voy por la mitad del camino” agrega, ya que la medicina no se termina de reinventar y cambia año tras año, y piensa que debe estar a la vanguardia para tener acceso a las nuevas tecnologías y medicamentos.

Sin importar cuántas cosas positivas ha realizado el Doctor en su vida hacia la comunidad, cuán conocido y respetado es, él, con gestos de ternura, manifiesta que si algún día le preguntan a sus hijos cómo es su padre, ellos simplemente contesten él es un hombre bueno. “Considero que todas las personas son buenas, solo hay poquitos malos y desafortunadamente son ellos quienes manejan la sociedad porque usan artimañas, pero cotidianamente veo que la gente es buena en lo que hace, cada uno con sus aspiraciones y responsabilidades hace lo que se debe hacer, entonces yo quiero estar en ese grupo donde digan simplemente, Manuel es una persona buena” dice con orgullo.

Con mirada brillante y respiración profunda, el hombre de gafas, sentado frente a su escritorio café, piensa sobre su teoría de la vida, termina de exhalar cuando comenta que hay mucha gente que vive la vida como si nunca se fuera a morir y que, gracias a la especialización que realizó, ha comenzado a acercarse un poco al tema de la vida y la muerte, la logra palpar y lo pone a filosofar sobre ello. “Las personas solo tenemos un instante en la duración del tiempo y del universo, estamos donde él quiere que estemos, tenemos oportunidades que nosotros mismos hemos labrado y el tiempo se debe aprovechar”, concluye su posición ante la vida González Fernández.

El doctor Manuel González Fernández, con mirada de esperanza y anhelo por una sociedad mejor, apoya los codos sobre la mesa, junta sus manos y deja un mensaje a los niños: “no dejen de soñar y disfruten su infancia”. Además, a los jóvenes les aconseja que: “sueñen, sean emprendedores, crean en sus sueños e ideales, hagan las cosas bien, y simplemente hagan el deber ser de las cosas y así notarán que los sueños sí se pueden cumplir”.

La reina vallenata de los cordobeses

Por María Lucía Martínez Argel



Los tres artistas se destacaban en medio de la plaza Alfonso López. La frase escrita en letras amarillas que resaltaban el homenaje a Calixto Ochoa, quien aparecía como testigo fiel de lo que sería la historia de la reina vallenata de los cordobeses.

Uno está de pie, vestido completamente de blanco, con una guacharaca en sus manos. A su lado, sentado en un pequeño banquillo, tiene a su compañero, de camisa rosada, con un tambor entre sus piernas y un sombrero color café que le da un toque estético.

A la izquierda de los jóvenes, y un poco más al centro de la tarima, está de pie una niña de aproximadamente 12 años. Luce una llamativa blusa blanca con lunares negros, un sombrero 'vueltaio' y un acordeón entre sus brazos.

Su nombre es Mélida Andrea Galvis Lafont, una cordobesa que desde los cinco años prefirió este instrumento, pese a que su padre le indicó que podía ser también el piano o la guitarra.

Desde niña declaró su amor por la música vallenata. De la mano del profesor Guillermo Ortiz, y con seis años de edad, inició el aprendizaje del acordeón, que le ayudó a forjar el talento que la han hecho merecedora de grandes premios a lo largo de su vida.

La voz de un locutor anuncia la presentación que empieza a los pocos segundos. La atención se centra inmediatamente en Mélida, es ella quien lidera el espectáculo, es ella quien, con sus habilidosas manos, enloquece al público con su impecable interpretación de una melodía del homenajeado.

Sus padres, su gran apoyo

Nació en Montería el 9 de diciembre de 1999. Su padre, Miller Galvis Narváez, es contador público y su madre, la desarrollista familiar, Gloria Lucía Lafont Sáez, han acompañado a su hija en cada paso de su vida, han estado con ella durante las preparaciones, victorias y derrotas.

En competencias como el Festival Cuna de Acordeones de Villanueva y en festivales de Plato, Magdalena, Sahagún, Cotorra, Loric y Turbo, Mélida ha representado al departamento de Córdoba y se ha destacado siempre en los primeros lugares.

Cuenta que, cuando estaba pequeña, su amor por este instrumento se vio manifestado a tal punto que en una ocasión su padre le obsequió una muñeca que tenía un pequeño acordeón en sus manos, ella se lo quitó y eso fue suficiente para que lo convirtiera en su mejor aliado.

En 2012, luego de muchos meses de preparación, la joven monteriana cumplió su sueño al coronarse como Reina Infantil del Acordeón en el 45° Festival de la Leyenda Vallenata en Cesar.

Cuando la destreza de sus dedos se deslizaba por las teclas y de la misma brotaban las notas de grandes éxitos como *El cultivo*, *Lirio rojo*, ambos de Calixto Ochoa; *Mi acordeoncito*, de Andrés Beleño, y la puya

Conmigo nadie se meta, de su propia autoría, fueron clave para derrotar a los 63 oponentes.

*Prepárense compañeros
que ya Mélida está aquí
a la hora de competir
a nadie le tiene miedo,
pero hay varios embusteros
dizque me quieren ganar,
pero yo llegué primero
y se los voy a demostrar.*

Se presentó en tarima acompañada en la caja por Andry Duván Arévalo Manjarréz y en la guacharaca por Marco Padilla Méndez.

Pocos saben el gran esfuerzo que tuvo que hacer aquel día. Horas antes de concursar, su papá la llevó a una clínica en Valledupar por una fiebre muy alta. Tenía síntomas de varicela. Afortunadamente, las ganas y la fuerza de la futura reina, no se vieron afectadas y participó aquel día de manera ejemplar.

“Me sentía mal con la fiebre y mi papá estaba conmigo para darme los medicamentos, no podía desaprovechar esa oportunidad de haber llegado a la final y cada vez que tocaba recibía los aplausos de mucha gente que me decía que venía tocando bien. Gracias a Dios, todo salió como se esperaba y me pude coronar como la reina del acordeón”.

Actualmente estudia Medicina en la Universidad del Sinú y tiene, entre sus planes, prepararse para competir el próximo año en el Festival de la Leyenda Vallenata.

A su corta edad, esta cordobesa ha dejado el nombre del departamento en alto, es un símbolo fiel de la mujer de esta región y considera que la música es muy importante en su vida y asegura que nunca la va a dejar de lado.

Mélida es un ejemplo a seguir para las futuras generaciones que han encontrado en el arte la realización de su ser; es un referente del tesón y el sacrificio para conseguir sus sueños, pero especialmente es una joven que hace del acordeón algo más que un simple instrumento.

Escribir, enseñar y vivir

Por Matzue Carolina Zubiría Niebles



El día comienza pronto y la luz cubre cada rincón de la calle. Una suave brisa mueve las hojas de los árboles y a lo lejos se escucha el rumor de un vallenato. La casa naranja y roja de rejas blancas al final de la calle se ve más brillante por el cielo que, de a poco, se va despejando. Dentro de ella, detrás de una gran puerta blanca, se encuentra el kiosco de palma y, a un extremo, está Luis Carlos “Lucho” Garnica Márquez, docente, compositor, músico y poeta.

Está sentado en una mecedora de un rojo descolorido y lee, cuando se pone de pie para dar los buenos días deja apreciar su gran altura. Está vestido con una camisa blanca manga corta, con pequeños dibujos en color negro esparcidos a través de la tela y un bolígrafo negro con dorado en el bolsillo al lado izquierdo de su pecho. Un pantalón corto del mismo color puro que contrasta con su piel morena y un par de mocasines color miel. Su rostro de expresión calmada tiene pocas arrugas, sus ojos están enmarcados por un par de lentes cuadrados de

marco café y tupidas cejas negras. Su cabello gris con vetas negras, ha dejado de crecer en la parte de arriba de su cabeza, pero su edad es mayor de la que aparenta.

Ofrece la mecedora a su lado con la mano izquierda, deja ver un reloj del color del oro y hace juego con un anillo de este mismo metal precioso en la mano contraria y empieza a contar su historia. Su infancia transcurrió en Ayapel y los alrededores de su ciénaga. Con sus amigos en la calle de Las Flores, en la que nació el 7 de diciembre de 1953, jugaba béisbol, bolita de cristal y trompo. Y desde que era un niño hasta su juventud iba a bañarse en la ciénaga, en Castillito y en la quebrada La Poza, a pesar de la constante preocupación de sus padres.

Cuenta que cuando era muy pequeño le preguntó una vez a su papá dónde estaba el cielo, a lo que le respondió que el cielo estaba arriba y él insistía y preguntaba que por qué no se caía y su papá le respondió que era porque estaba sujetado a unos ganchos gigantes que no lo dejaban caer. Entonces él se le quedó viendo y le preguntó que de dónde están agarrados esos ganchos y su papá se hizo el loco y no le respondió.

Cuando niño, también solía comer frutas silvestres, que ya no se ven en los alrededores del pueblo, cuando salía para la ciénaga, para luego llegar a casa a la expectativa del regañón que recibiría de sus papás, Luis Carlos Garnica Toro y Ana Susana Márquez Montiel. Cambia su postura en la mecedora mientras cuenta que tenía dos hermanas mayores, la primera, Gloria, quien fue profesora y, la segunda, Elvira, quien falleció a la edad de 38 años en Cartagena. Su expresión y su voz se entristecen al hablar de ella.

Toma un pequeño respiro y empieza a contar que hizo parte de su primaria en el Instituto Ayapel, del profesor Filiberto Córdoba, uno de los primeros chocoanos en llegar a Ayapel, y comenta que fue un colegio muy bueno. El quinto de primaria pasó a hacerlo a la Escuela Urbana de Varones, lo que es hoy la Institución Educativa Pablo VI y el bachillerato lo hizo en el Liceo San Jerónimo, un colegio que fue auspiciado por los curas de la época, hasta cuarto de bachillerato. El resto del bachillerato le tocó hacerlo en Cartagena, en el Colegio La Esperanza, pues en el pueblo no había educación para esos grados.

Su rostro toma un tinte pensativo y divaga por un momento para comentar que, justo después de terminar el colegio, se casó y a muy temprana edad puesto que tenía alrededor de 20 años. Se ríe y dice que fue entonces que tuvo que empezar a trabajar, alrededor de 1973, porque a esa edad comienzan las obligaciones y llegan los hijos. Empezó ya como docente, pues en esa época podía ejercer como docente con solo el título de bachiller y luego validó la pedagogía en la Normal del Montería.

Toma un respiro, a lo lejos se escuchan las aves de la mañana y cantan una suave sonata, mientras él cuenta que, poco después se hizo licenciado de la Universidad de Antioquia, en la que estudió geografía e historia. Aun así, siempre se ha sentido interesado por el área del lenguaje y la literatura, a pesar de no tener ningún tipo de estudio para esto y empezó a escribir lo que pensaba, sentía y vivía, de forma totalmente empírica.

Luis Carlos comenta que, tanto él como sus dos hermanas, eran docentes y que esa pasión por la docencia surgió de su tía Bienvenida, quien ya ha fallecido. Explica que ella fue profesora particular, pero que se desempeñó como docente durante 30 años y que viendo eso se fue contagiando de la docencia porque para él es una profesión muy noble: orientar y enseñar.

Cambia su posición y empieza a contar lo mucho que le gusta escribir poemas y la lectura de poesía costumbrista. También, que hasta ahora solo tiene un libro publicado: *Versos frente al acuario*, de poemas y canciones, y que tiene otro a punto de publicarse. Su expresión ha cambiado por una más emocionada y cuenta que le gusta escribir cuentos y un poco de todo, pero nada tanto como escribir sus poesías. Les ha escrito a sus hijas, a sus nietos, a sus amores, a su familia, a su ciénaga y a su querido Ayapel.

Cuenta con orgullo que escribió su primer libro hace ya diez años, siempre que escribía un poema lo guardaba y que en algún punto alguien le preguntó que por qué no los publicaba. Así fue, aconsejado por muchos de sus amigos, también amantes de la escritura, recopiló y seleccionó de entre todos sus poemas para crear lo que es ahora su primer libro. Ahora un poco más alegre y relajado cuenta de un pequeño libro de mitos y cuentos de Ayapel, dentro de este también incluyó

un pequeño diccionario con términos ayapelenses. Este lo escribió pensando en los niños que siempre llegan a su casa a hacer tareas que le dejan en el colegio sobre estas historias.

Piensa un poco y dice que sus ganas de escribir vienen en su sangre, pues pertenece a una familia de poetas o, más de bien, de escritores de versos porque por su tío Ladislao Márquez, quien fue escritor y poeta, quien escribió *Mosaico poético*. Sus expresiones se llenan de emoción cuando habla sobre su tía Sofía, quien tiene más de 95 años y sigue declamando poemas con una mente clara que aprendió en su juventud. También habla sobre su tía Bienvenida, quien tomaba las reuniones familiares como su escenario para declamar frente a los demás parientes de ese lado de la familia que les gusta la poesía.

Hace una pausa y dice que a diferencia de la poesía la música no está en su sangre. Su interés por la música surgió en su juventud mientras andaba con sus amigos y quiso aprender a tocar guitarra y cantar. También compone canciones, toca acordeón, se ríe un poco cuando dice que se inició en el piano y que medio se defiende con lo más fundamental de este instrumento. Recalca que nunca ha ido a ningún tipo de escuela o academia para aprender de música, todo lo ha aprendido de manera empírica.

Se mece un poco y con un aire reflexivo comienza a contar que por un tiempo estuvo enseñando a tocar diversos instrumentos, en especial el acordeón, a jóvenes y niños. Él adaptó su kiosco a un pequeño salón de clases, compró unos tableros y varios acordeones, con la esperanza de que en algún punto recibiría ayuda para seguir con este pequeño proyecto que duró cuatro años y es ahora, tiempo después de haber dejado de enseñar, que está dando frutos, pues varios de los que eran sus estudiantes ahora están concursando en los festivales locales y en los diferentes festivales de la región. Reitera con fuerza que con el talento y el estudio se puede llegar al éxito y la experiencia.

Se escucha el sonido de las motos que pasan rápidamente cerca de la casa que, a pesar de su ruido estridente, no perturba la tranquilidad que hay dentro de ella. Comenta que tiene más o menos 45 años como docente y debía retirarse este año, pero decidió seguir trabajando, pues siempre ha llevado una vida sana, a pesar de padecer de hipertensión

desde hace algún tiempo periódicamente va a sus chequeos médicos y aún se siente bien para seguir ejerciendo su profesión. Actualmente es coordinador académico de la Institución Educativa Marco Fidel Suárez y cuenta con mucho orgullo dónde fundó una pequeña escuela de declamadores, en la que enseña a niños y niñas sobre poesía.

Luis Carlos pretende presentar este año a un grupo de niñas en el Encuentro nacional de poetas y declamadores, en Chinú. Además, agrega que en 2005 él se presentó en este encuentro en la categoría poema musical inédito, ganó y desde ese momento lo han seguido invitando para participar. Cuenta que la idea de crear este grupo en el colegio surgió porque vio el potencial y el talento de los niños en la institución, por su disponibilidad, porque los niños son muy curiosos y participativos y porque en Ayapel no hay una escuela de este tipo, principalmente por falta de apoyo.

Toma un respiro y con algo de tristeza dice que este año presentó, por parte del colegio, un proyecto para hacer un recital de poesías a final de año e infortunadamente no fue aprobado por falta de apoyo del gobierno municipal.

Una mujer de contextura gruesa, de tez clara, largo cabello negro y mirada calmada irrumpe en el kiosco, ella trae consigo un vaso de vidrio, lo entrega y regresa a la casa. La conversación ahora ha tomado un suave sabor a piña y la temperatura es cada vez más intensa.

Él se ríe al contar que se ha casado dos veces, la primera vez en 1973 y la segunda en el 2001. Su exesposa, Yadira Farak, también es profesora y actualmente trabaja como coordinadora en la Institución Educativa María Montessori. La conoció cuando ambos estaban en el colegio, porque cantaban juntos y todo surgió con la música. Con ella tuvo cuatro hijas, Carmen Susana, Sandra Melina, Carola Cecilia y Lilian Avinel, quienes hoy en día ya son adultas y le han dado nueve nietos. Pero así como llegó el amor, luego de 23 años se apagó.

Con su segunda esposa, Deicy Coronado, de 42 años, tiene otras dos hijas, Luisana de 17 años y la más pequeña Isabela de ocho. Ambos se conocieron en clases, cuando él era su profesor de música para la Universidad de Córdoba en un plan de extramuros que se hizo en Ayapel

y, más adelante, luego de más de un año de haberse separado de su primera esposa, empezaron a salir. Ambos se casaron luego de poco más de tres años de relación, ella también es docente y se ríe ahora con más ganas y dice que ella trabaja en el mismo colegio que su exmujer.

Sus expresiones se tornan tristes cuando recuerda que al tiempo de empezar su relación con su segunda esposa, tuvieron un niño, el único, pero nació muy enfermo y a los seis meses el pequeño murió. Se queda pensativo durante unos instantes y luego sigue contando.

Ya se puede escuchar el ruido constante de las motos que pasan y la luz del Sol ya ha iluminado todo el kiosco, en el que, de una de sus columnas cuelga un estuche pequeño negro y explica que es un ukelele que recién le compró a Luisana, para ver si así luego inicia con la guitarra y logra atraerla a la música.

Luis Carlos ahora cuenta que fue fundador del Festival de compositores, acordeoneros y verseadores de Ayapel y durante mucho tiempo fue organizador, pero con el paso de los años se fue alejando porque dice que hay que darles espacio a las nuevas generaciones de participar y encargarse y, en ocasiones sirve de asesor para los encargados en turno. Comenta que la idea del Festival surgió de los festivales intercolegiales y se decidió hacer uno más general para que concursaran solistas, dúos, tríos y canciones inéditas, y que fue alrededor de 1976 que se comenzó a incluir el acordeón.

Reflexiona un poco y dice que el Festival ha sido interrumpido en casi una decena de veces por falta de apoyo del gobierno municipal y más por gusto propio del mandatario de turno que por otras razones. Y considera que está bien que a la persona no le guste, pero lo que no está bien es que disponga de las costumbres y tradiciones del pueblo.

Él se levanta a buscar sus libros para mostrarlos, cuando entra a la casa, llama a Deicy para que le ayude a buscarlos y regresa con la última copia de su primer libro, autografiado y con una dedicatoria escrita para su esposa, y una copia del libro de mitos. Se sienta nuevamente en la mecedora, toma su bolígrafo y escribe una pequeña dedicatoria para alguien que responde a un nombre un poco extraño, en el libro de mitos. Comienza a decir entonces que de ambos libros solo han

tenido una edición, pero que al lanzamiento del próximo mandará a hacer más copias. Muestra que *Acuario* está dividido en dos partes, poemas de verso libre y en décima y en canciones, además, comenta que ese libro narra gran parte de su vida.

Luis Carlos toma una larga respiración y con una voz profunda y melódica empieza a leer uno de sus poemas favoritos, *Tu cuerpo*, que habla sobre la hermosura y sutileza de una virtuosa mujer. Explica que este es un poema de verso libre, pero que en su mayoría le gusta no escribir de esta forma y prefiere escribir en décima, por la métrica y el ritmo que mantiene, y son estos mismos elementos los que más resaltarán en su próximo libro.

Comenta luego que otro de sus proyectos es contar la historia de Ayapel en verso, porque para los estudiantes es mucho más llamativo de esta forma para que sea más fácil aprender y, al mismo tiempo, se crea un interés por la poesía. Asegura que más que enseñar, el docente debe motivar a los estudiantes a buscar el conocimiento y apropiarse de él, buscando la mejor estrategia para llegar a los estudiantes. Añade que un estudiante motivado puede llegar a donde quiera y cualquier tipo de obstáculo será vencido solo con la motivación. Todo está en el hecho de ganarse el respeto de los estudiantes a través de la motivación y el entendimiento de su entorno.

Este poeta, escritor y músico empírico y docente de profesión, se pone de pie y se dirige a la casa, en la que el color principal es el rojo, con su libro en la mano para que le tomen unas cuantas fotos y despedirse, de manera muy formal, con un “nos mantendremos en contacto sobre cualquier cosa que necesites” y sonrío, para continuar su día escribiendo, enseñando y viviendo. ◦

Escribiendo su propio arte, viviendo su propia vida

Por Valeria Bohórquez Espinosa

Crónica para Claudia Lago Moreno

Las gotas restantes de la lluvia invernal se deslizan sobre las hojas, caen como si de un resbaladero se tratara en el cemento frío o en la tierra antes seca por el calor; en la avenida primera con calle 33 en el centro de Montería, algunos transeúntes pasean agarrados de manos, unos caminado junto a sus perros y otros simplemente sumergidos en los asuntos del diario vivir, pasando por desapercibida la fachada morada que pinta de colores a una calle gris.

Más allá de la fachada que completa en letras amarillas “Libro Tinto: libros, vinos y café”, se encuentran ocho estanterías metódicamente organizadas, en las que se pueden leer nombres de títulos y autores para todos los gustos: *La luz que no puedes ver*, de Anthony Doerr, se marca en una portada de un hipnótico azul, *Cinco esquinas*, de Mario Vargas Llosa, que resalta en un simple y elegante negro, *Más allá del invierno*, de Isabel Allende que idealiza en letras grandes una cita “*En medio del invierno aprendí por fin que había en mí un verano invencible*”, una frase que le sienta bien a aquella tarde del 20 de abril, en la que una ajetreada Claudia Lago Moreno, de rasgos finos, tez blanca y ojos verdes, atiende varios pedidos de las mesas que adornan su propio local.

Como tesoro adorado de su infancia recuerda a la niña de pelo lacio y rubio como la miel, sentada sobre la arena pegajosa frente al mar, rescatando las estrellas fugitivas de la playa virgen frente a ella, su pequeñuela interior suspira ante la reminiscencia de La Habana de los ochenta, donde nació, creció y fue plenamente feliz. A los quince años llegó a tierras colombianas porque así lo ameritaba el trabajo de su padre y desde ese entonces sabía que el destino la había guiado hasta

ahí para un dorado porvenir. – Nunca se sabe lo que se va a encontrar, pero se puede estar seguro de que se disfrutará cuando lo encuentre. –

Mientras tanto en la librería, una pareja hace visible su amor por medio de miradas atentas y manos escurridizas; otros comensales adelantan la tertulia sobre su día de trabajo; una señora en la esquina que aparenta los cincuenta años, bajo los cuadritos de madera, se sumerge en su libro a medio leer y más clientes siguen llegando a eso de las seis; en el fondo, Ricardo Arjona profesa el amor a su madre y recita en unos cuantos versos que a esta ya le cuesta trabajo caminar; en el ambiente se respira paz y un tris de aroma a canela para despertar los sentidos.

Desde pequeña, Claudia se enamoró de los más mínimos detalles que la vida le tenía para ofrecer, se adentró en el mundo de la literatura, a través de la auténtica pluma de Agatha Christie, contempla y admira la pintura a través de la vida y obra de Frida Kahlo y aprecia el sabor entre dulce y ácido de un buen vino; entre los recuerdos más preciosos de su infancia se transporta a la isla, cuando tenía solo ocho años de edad y su abuela, por parte de papá, le regaló una cajita musical que ahora le obsequió a su hija Luciana de siete, como herencia familiar.

El croquis tatuado en su muñeca derecha no solo es testigo del amor por su nativa Cuba, sino también por su encanto con los mapas, la geografía y la cultura; en su hombro se asoma un corazón que para ella representa –una vida de amor–, tiene grabada la palabra serendipia que es un descubrimiento o un hallazgo afortunado que sucede sin buscarlo, tan inesperado como cualquier hecho en la vida que nos puede alegrar el día, hasta el más mínimo detalle; por último un cuarto tatuaje y el máspreciado de todos, la fecha de nacimiento de sus padres, abuela y de sus dos hijos, su próxima tinta se figurará de un libro que ella considera –necesario para la vida – El principito, “*Lo esencial es invisible a los ojos*”, una reflexión sobre el verdadero valor de las cosas, de su verdadera esencia, los ojos pueden engañarnos, pero no al corazón.

Claudia, de 36 años, ha aprendido que con el tiempo, si conlleva crear experiencia, madurez y lealtad para los seres humanos, igual que el amor por la vida y por las personas que nos rodean, todos podemos elegir entre dejar una huella o no, en la vida de los demás, de marcar

la diferencia, de ser nosotros mismos y no querer parecerse a nadie, la autenticidad en estos tiempos se hace valorar de formas inimaginables.

Una de sus mayores motivaciones es tener sueños para cumplir y nunca cansarse de tenerlos, incluso cuando ya se hayan alcanzado. No imagina su vida sin sus hijos, sin un buen libro y un buen Carmenere para una buena compañía y busca crear un equilibrio ideal entre el tiempo con su familia, el tiempo con sus amigos, el tiempo para trabajar y el tiempo sola para reflexionar y sentarse a pasar tiempo con ella misma.

En un futuro se visualiza en Europa, en la que ya tuvo la oportunidad de vivir seis meses en París y se enamoró aún más de la cultura, abrió su mundo a nuevas personas, nueva comida, nueva música y nuevo arte porque viajar es una experiencia sin igual, no se vuelve siendo el mismo luego de un viaje, las palabras se argumentan por la dilatación de sus pupilas, que demuestran el entusiasmo y emoción que para ella significa explorar.

Ha sido un día ocupado en Libro Tinto, se sirven unas cuantas tazas de café y unas copas de vino tinto de verano, algunos comensales emprenden su marcha y atraviesan las puertas del local, dándole paso a algunos más que acaban de llegar. Para el momento de este escrito, Claudia Lago se encuentra trabajando en su primer libro, que anhela ansiosa en que algún día sea publicado por una editorial, mientras tanto recita una de sus frases célebres favoritas, escrita en 1953, justo un año antes del fallecimiento de su autora, Frida Kahlo: “*Pies, para qué los quiero si tengo alas para volar*”.



Universidad
Pontificia
Bolivariana

SU OPINIÓN



Para la Editorial UPB es muy importante ofrecerle un excelente producto.
La información que nos suministre acerca de la calidad de nuestras publicaciones
será muy valiosa en el proceso de mejoramiento que realizamos.

Para darnos su opinión, comuníquese a través de la línea (57)(4) 354 4565
o vía correo electrónico a editorial@upb.edu.co

Por favor adjunte datos como el título y la fecha de publicación,
su nombre, correo electrónico y número telefónico.

El enamorado de gaitas

Adriana Herazo

“Mi gran sueño es brindar comida sabrosa”

Andrea Barrera Medrano

Elijo ser feliz

Carlos Antonio Alviz Sierra

Una vida en honor a la cultura

Daniela Díaz Guzmán

El arte de esculpir letras

Elizabeth Sermeño López

Un concierto en la tierra de los areneros

Gisell Pérez Villa

Tradiciones que endulzan el alma

Hanna Patricia Ruis Ubarne

Nunila Zumaqué Gómez, la música hecha mujer

Katiuzka Rumié

Luchador de tradiciones

Luz Theveningh Mestra

Un amante de las historias ancestrales

María Angélica Barbosa Tordecilla

Una curiosa mente brillante

María José Kelsy G.

Buen hombre por vocación

María José Zuluaga

La reina vallenata de los cordobeses

María Lucía Martínez Angel

Escribir, enseñar y vivir

Matzue Carolina Zubiría Niebles

Escribiendo su propio arte, viviendo su propia vida

Valeria Bohórquez Espinosa

